Mundo Argentino



Shirley Mason

En toda la república, 10 centavos
En el Uruguay, 5 centésimos

Notas de arte y sociales



El señor Ceferino Carnacini, notable paisajista que acaba de inaugurar en el salón Witcomb una interesante exposición de paisajes argentinos.



"Serranía"



"Un puesto".



"Remanso".



Señorita Elvira González, que el 6 del actual contrajo enlace en Tucumán con el señor Francisco N. Eckhardt.



Señorita María Arrán Mendoza, cuyo enlace con el señor Arturo B. Dunn se realizó el 18 del corriente.

Fot. Valdés del Pino y Witcomb.

Mundo Argentino

SEMANARIO POPULAR ILUSTRADO

APARECE LOS MIERCOLES

Publicado por la Empresa Editorial HAYNES LIMITADA S. A. Maipú 393.—Bs. Aires

LA PUBLICACION QUE MAS CIRCULA EN LA AMERICA DEL SUR

AÑO XIII, N.º 648, Bs. As., Junio 20, 1923

NOTAS DE LA SEMANA

LA PENA DE MUERTE

Se pide su restablecimiento en el código penal. — El mayor número de crímenes y la ferocidad con que son cometidos, ¿dependen de la abolición de la pena capital? ¿No obrarán circunstancias de carácter más hondo y substancial? — Sobre la bondad de la pena de muerte la ciencia y la experiencia ya se han pronunciado. — Ella no intimida a los criminales. — Es de efectos contraproducentes. — La pena de muerte está bien abolida.

Acaba de propiciarse ante el parlamento nacional la iniciativa de restablecer en el código penal la pena de muerte.

Nos parece difícil que esa iniciativa prospere. La abolición de la pena de muerte ha costado muchos años de lucha en todos los países del mundo. En el nuestro se ha conseguido hace poco tiempo.

Para lograr la abolición sus partidarios hubieron de crear una atmósfera favorable. Convencieron a la opinión colectiva y a los poderes públicos mediante una serie de hechos y de razonamientos de gran valor y peso. Y no podría echarse como quien dice máquina atrás sin traer, en abono de ta circunstancia, motivos muy serios y fundados.

¿Existen tales motivos? Acrece, se dice, el número de los crímenes. No sólo eso, se agrega. Los crímenes son más feroces de un tiempo a esta parte.

Admitamos la exactitud de esta doble aserción. ¿Bastaría comprobar su concomitancia con la abolición de la pena capital para deducir que ésta última constituye su motivo eficiente? ¿No obrarán circunstancias de carácter más hondo y substancial?

Si la tesis que analizamos fuera exacta habría de aceptarse que la pena de muerte no sólo es buena en sí sino que es buena porque constituye una causal de intimidación de los criminales. Pero ¿realmente es buena la pena de muerte? ¿E intimida, de verdad, a los criminales?

Sobre la bondad de la pena por sí misma nos dispensaría de entrar en mayores análisis la tendencia universal, en el sentido de su abrogación, que ha dominado, con particular intensidad, en los últimos decenios, hija de la experiencia y de los avances de la ciencia penal y de la criminología.

En cuanto a que la pena capital intimide a los criminales y que, por lo mismo, a consecuencia de su abolición, aumente el número de crímenes, nada lo prueba. ¿Acaso el criminal, cuando comete un crimen, piensa fríamente en la pena que le va a corresponder?

El criminal no piensa en la pena. Piensa en dos cosas: en el crimen y en la forma de eludir a la policía y al código. Si al criminal le intimidara la pena, no cometería crímenes. Mas la impulsión al crimen es en él tan fuerte y arrebatadora, que se sobrepone a todo. Si ha de pagar con su vida el crimen cometido, a la pena de muerte se somete. Esto reza particularmente con los criminales feroces, sanguinarios, que son los pasibles de merecer la pena capital, en el caso de existir en el código.

La historia de los mayores criminales, que murieran en la horca o en la guillotina, abunda en ejemplos de sujetos que recibieron su sentencia con indiferencia y que soportaron los últimos momentos con sorprendente sangre frío, mientras alrededor de ellos gentes sensibles se desvanecían. El criminal carece de sensibilidad. Es un hecho que suele olvidarse con frecuencia. Por eso es feroz. Por eso no se apiada de nada ni de nadie. Por eso es capaz de ultimar a seres que los hombres, en la plenitud de su juicio, veneran con toda el alma.

Por otra parte, los criminales forman parte de un mundo propio, donde sus componentes se juzgan recíprocamente con una escala de valores inversa a la de los hombres normales. El criminal, en virtud de la inconsciencia y la irresponsabilidad que le domina, considera como un héroe al de su clase que ha cometido un crimen brutal y resonante. Y su héroe crece a sus ojos y gana su admiración ilimitada cuando muere a manos de la justicia. Entonces lo contempla como transfigurado por la aureola del martirio. Y un criminal mártir tiene, para el sujeto de entrañas criminales, idéntica significación que el martirio de Sócrates o el de Cristo para los hombres virtuosos y sanos.

Es de antigua data la observación que la muerte de un criminal, por disposición de las autoridades competentes, en cumplimiento de una cláusula legal, es contagiosa entre los criminales más famosos que miran tal pena como la cumbre de sus aspiraciones, por la celebridad que supone.

La pena de muerte está bien abolida.

JUBILACIONES DE EMPLEADOS Y OBREROS

Diferentes delegaciones de importantes gremios de obreros y empleados en industrias privadas gestionan el pronto despacho de la ley que les concede una jubilación decorosa a los treinta años de servicios.

Anuncióse para el año pasado el despacho de la ley; luego, el asunto fué incluído en la orden del día de las sesiones extraordinarias; finalmente, se habló de despacharlo en las primeras sesiones del año en curso.

Es una cuestión que vale la pena ser abordada cuanto antes. Afecta, según cálculos aproximados, a 600.000 personas laboriosas que tienen pleno derecho, llegada la oportunidad, de gozar de una vejez tranquila. Claro está que para que la ley sea completa habría de contemplar el seguro contra la enfermedad, la viudez y la orfandad. Conviene altamente el estudio a fondo de la cuestión, que cuenta con valiosos antecedentes extranjeros, y ofrecer una legislación completa que haga honor a nuestra harto incompleta legislación social.

HISTORIETA MUDA...



... que le aconteció a un "Neuveau riche", que pretendió a edad madura, usar monóculo.

La literatura rusa en la época de la revolución

La gran revolución rusa, que ha cambiado por completo todo el régimen de la vida de este enorme país, ha ejercido también una influencia grande sobre su literatura. Las impresiones de la vida horrorosa bajo el terror, tanto el rojo como el blanco, se habían reflejado en las obras de los escritores contemporáneos rusos.

Al mismo tiempo ha sufrido una gran modificación la manera de describir los hechos: Mientras que los escritores rusos de la escuela moderna de la generación precedente, "contaban" los episodios de la vida describiendo sus mínimos detalles, los autores de la época revolucionaria "pintan", por intermedio de palabras, un cuadro de la vida sin detenerse en los pormenores de los caracteres de sus héroes, representando sus imágenes completas y vivas. Las novelas y los cuentos de esos escritores dejan un vasto campo para la imaginación del lector y ejercen sobre su mente una honda impresión. Los tipos se describen de una manera sumamente sencilla y con pocas palabras; los hechos más horribles parecen naturales, propios de la vida actual y, sin embargo, los terribles cuadros que pinta el escritor parecen quedar grabados en el cerebro del lector y lo persiguen continuamente.



Máximo Gorki.

Así, pues, la forma de la literatura rusa ha cambiado considerablemente durante la revolución.

Igualmente ha cambiado el tema literario. Los escritores rusos de la escuela de Leónidas Andreiev, Antón Chejov, Máximo Gorki, etcétera, en sus obras describían la vida humana en todas sus manifestaciones, más bien psicológicas, dejando casi siempre ver una parte del misterio del alma. La mayor parte de sus novelas y cuentos trataban de la vida espiritual e intelectual de los héroes, describiendo con minuciosidad el estado de su ánimo.

Los escritores contemporáneos no se detienen en esos detalles, no describen ningún misterio semiencubierto; sus obras demuestran la vida real tal cual es, sin disimular sus horrores bajo los suaves matices del sentimentalismo.

Empero, la nueva escuela de la literatura rusa se encuentra todavía en su estado de desarrollo y requiere una época para su perfeccionamiento.

La vida agitada de este país cambia continuamente sus formas y ejerce una gran influencia sobre la juventud.

La revolución rusa ha encontrado verdadero reflejo en su literatura.

Muchos literatos rusos viven actualmente en el extranjero, habiéndose trasladado allí para escaparse del régimen bolshevista.

Existen numerosos núcleos literarios rusos en Berlín, París, Constantinopla, Praga, etc. Allí se publican diarios y periódicos científicos, literarios y de crítica, revistas ilustradas; existen muchas casas editoras y bibliotecas.

En la república sovietista toda la periodística estaba concentrada antes en las manos del gobierno. Pero últimamente han vuelto a aparecer empresas particulares; en Rusia existen ahora muchas casas editoras, pertenecientes a las sociedades científicas a cooperativas, se publican revistas, periódicos, etc.

La mayor parte de las ediciones rusas, publicadas en el extranjero, se imprimen según la ortografía antigua.

En cuanto a las que aparecen en la república sovietista, todas se publican empleando la ortografía nueva.

Los dirigentes maximalistas, ansiosos de dar nuevas formas a la vida rusa, entre otras reformas, han decretado también la de la ortografía.

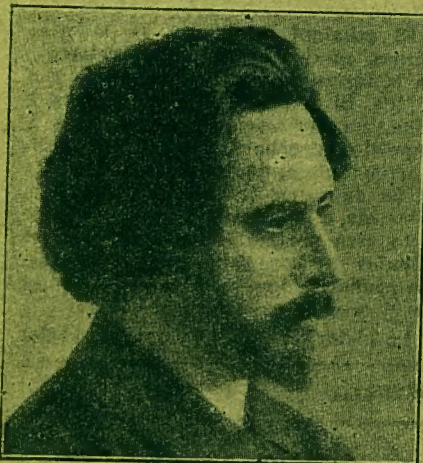
El alfabeto ruso contiene 36 letras, algunas de las cuales representan, por intermedio de diferentes signos, el mismo sonido.

Hay también varias letras desusadas, de proceder antiguo. La reforma bolshevista de la ortografía consiste en la supresión de estas letras superfluas y en la simplificación de algunas reglas gramaticales que, como es sabido, son muy complicadas en el idioma ruso.



Anton Chejov.

Todos los idiomas europeos, por espacio de siglos han sufrido cambios en sus respectivas ortografías. Este es el proceso de perfeccionamiento de cualquier idioma.



Leónidas Andreiev.

Así, pues, la reforma de la ortografía rusa representa la evolución natural del idioma, que se concretó en el decreto del gobierno bolshevista.

R. L. de DORFMAN.

Cuando el hambre reinó en Italia

La espantosa hambre porque vienen pasando ciertas comarcas de Rusia, y de que tanto se ha hablado y se habla todavía, no ha superado, ciertamente, a la que reinó en Italia hacia el año 539, cuando las campañas de Belisario contra los bárbaros.

Nunca conoceremos por completo las desgracias que afligieron a Italia en este terrible año. Sólo en la provincia de Piceno murieron, víctimas del hambre, 50.000 campesinos. El historiador Procopio describe con vivos colores las espantosas escenas que él mismo presenció. Las víctimas del hambre, nos dice, aparecían primero pálidas como la muerte, quedaban luego lívidas y últimamente negras "como los carbonizados restos de una antorcha". Sus ojos tenían la feroz mirada del loco. Hase dicho que algunos, deseando a todo trance salvar sus vidas, se alimentaron de carne humana. Algunos millares de cadáveres yacían en tierra, observándose que aún sus puños apretaban la hierba que habían intentado arrancar para llevarla a su boca. Aquellos cadáveres se hallaban insepultos, y ni las aves de rapiña se acercaban a ellos, porque no descubrían carne alguna sobre sus huesos.

Un cuento extraño y humano



I

YO he tenido una tía-abuela que a los ochenta años aún montaba a caballo y bailaba zambas y chacareras en su fundo de la montaña. Se llamaba Francisca. Practicaba en su vida una independencia absoluta. Era dueña de su hacienda y de su voluntad. Manejaba a gañanes y criados. Lo vigilaba y disponía todo. Se acostaba tarde, cuando las almas redivivas, las ánimas en pena van y vienen por los patios silenciosos. Y se levantaba con el alba, cuando en la huerta sonaba la canción de la calandria.

La recuerdo cual si la estuviera viendo. Y no he olvidado su lenguaje pintoresco, donde resonaban a la par que voces diaguitas, los últimos vocablos del castellano que dejaron los conquistadores.

Decíase que la abuelita Francisca, casada cuando moza, tenía una dolorosa historia de amor que nunca reveló a nadie. Sus cuentos y leyendas, sus chistes y decires eran famosos; y para oirla, bajaban de las alquerías y estancias vecinas, jóvenes y viejos. ¿Acaso en los relatos que narraba ponía fragmentos de su vida? ¿Acaso en una de las consejas, dichas con gracia y sabiduría, estaba el drama de su corazón, la brasa de sus viejas pasiones? Hasta que una noche nos refirió el más extraño y a la vez humano cuento que jamás le escucháramos.

Aquella vez la abuelita Francisca, con su cayado y sus fablas llegó más tarde que nunca. Ocupó su asiento junto al fuego, y todos notamos un gesto amargo en su cara.

—¿Qué tendrá la anciana?—nos preguntamos tácitamente. Tan triste, tan otra...

Mientras adentro ardía el hogar y se cocían "las poleadas", esa infusión que atempera los inviernos de la sierra, fuera el frío de junio, la queja del cierzo, y allá arriba, la luna menguante a manera de una hoz que fuera segando estrellas...

—¿Qué tiene la abuela?—preguntó un mozo.

—Un pesar y un recuerdo...

—¿Un pesar?

—Sí; una dolama de vieja.

—¿Y un recuerdo también, abuelita?

—Y es claro: porque en llegando a vieja, duelen las pasadas memorias...

Hubo un largo silencio, interrumpido apenas por la voz del fuego. Las llamas hablaban, decían algo, referían un extraño episodio. Y la anciana, temerosa de que el fuego contara lo que enmudecían sus labios, empezó:

—Este... que era un hombre alto, buen mozo, de buen talante pero corazón de tigre. Y ésta, que era una niña de ojos más negros que una mala intención; de "cimba" larga; la cara lo mismo que las manzanas, y sin pecado mortal. Fué verse, quererse y casarse.

Todo el pueblo festejó las bodas; y diz que hasta el cura, con la sotana arriba, bailó como un trompo. ¡Malo, muy malo, cuando el cura baila en los casamientos; pero así fué!

Andando el tiempo, el hombre torció su querer pa otro lao; se volvió mohino; hasta que un día abandonó casa, mujer y voló... Nadie supo más del tunante. ¿Lo habrán comío las fieras?, se preguntaban las gentes. ¡Pa cuando!, si era más malo que las fieras... ¿Se lo habrá llevao Satanás? Tampoco. El diablo deja a los hombres malos en la tierra y los acollara con las brujas, pa que le ayuden a hacer mal.

Pasaron los años, tantos como veinte. Y una noche fría como esta, mientras dormía la mujer, sintió que aullaban los perros, lloraban los gallos, y oyó tropel de un viajero que llegaba.

—¿Quién es?—preguntó la dueña de casa.

Y una vóz de hombre le contestó:

—"Con su permiso, señora, es un pasajero sin suerte que pide amparo hasta que amanezca."

—Apiese nomás, el buen hombre. ¿Tiene hambre?

—"Más que hambre, frío; tengo mucho frío."

Y la mujer le prestó "puyos" y frazadas, y el forastero pasó la noche.

Al alba quiso marcharse, y al punto desistió. ¿Quién era? ¡Nada menos que el propio marido de la mujer! Pero envejecido, pobre.

La dueña de casa contuvo el primer impulso de odio y de rabia, y decidió vengarse, pero con tino y buen discurso; que en estas cosas, por más que el hombre mande con su fuerza, la mujer tiene una maña más que el zorro y un pelo más que el diablo.



Y la anciana temerosa de que el fuego contara lo que enmudecían sus labios, empezó.

—"¿Y éstas quintas, estos potreros, este molino?"—le preguntó el forastero.

—Todo es mío,—contestó la dueña. —Fruto es de mi trabajo y de mi virtud.

—Está bien...

Y en un derrepente dijo, como si despertara:

—¿Pero mujer, no me conocís? Soy aquel que un día te abandonó por marcharse con otra. ¿Te acuerdas?

—Ya lo tengo olvidao,—le contestó la mujer.

—¡Pero, hija: soy tu mesmo marido; tu hombre!

—¡Ah! Algo recuerdo...

—Bueno. Déjame que te cuente pa que te recuerdes mejor. ¿Te acuerdas que me fuí huyendo con aquella moza del otro lao del cerro? ¿Y que te robé unas onzas de oro, herencia de tu tata?

—Ahora sí me acuerdo. Pero, qué viejo estás!

—¿Me perdonaste?

—Sí, ¿Pa qué guardarte rencor? Los rencores comen las entrañas peor que la polilla.

—Es que en el fondo nunca i querío a nadie sino a vos. Anduve mucho. La vida me tuvo al trote, y vengo cansao... Aún más: me casé tres veces, y mis tres mujeres murieron.

—¡O las mataste! ¡Habla!

—Se mataron ellas de rabia, porque yo no las quería. ¡Cómo iba a querer, si el cuerpo andaba huyendo y el corazón estaba aquí en la querencia, a tu lao! ¡Te lo juro! Y agora, déjame que me quede, pa siempre; no quiero rodar más como el judío errante...

—Si esa es tu voluntad, también es la mía. ¡Ah, cuántos años pasí llorando por vos!—le dijo la mujer con falsía.—Y te esperaba; rezaba por vos de rodillas frente al Señor pa que el diablo, que de juro te tenía preso, te dejara volver...

Y la mujer le seguía mintiendo...

II

La abuela hizo una pausa en su relato y prosiguió:

—El hombre no abandonó más la casa; pero la mujer no era feliz. Empezó a temer por su vida.

De noche, sentía que el marido bajaba de la cama; hablaba con un ser invisible y volvía a acostarse. Claro, la mujer se hacía la dormida; pero dormir ¡pa cuando!

Cierto día, ya entrado el sol, la invitó a subir la sierra.

—Vé,—le dijo el perverso:—allá en la cumbre del cerro, junto a un derrumbadero hay un "tapao" del tiempo los españoles. Con el oro encerrao allí, basta y sobra pa comprar todo el valle. Acompáñame, querida, que solamente yo conozco el secreto. ¿Te animas?

—Vamos;—le respondió la mujer, y empezaron a repechar la cuesta.

Subían y subían. La oración, después la noche, los tomó en la cuesta. Corría un viento que cortaba las carnes.

Durante la subida, varias veces el bandido intentó derrumbar a su compañera; pero la mujer no le dió pie pa que el maldito consiguiera su intento. Y así llegaron a la cima del monte.

Ya estaban junto al derrumbadero.

—¿Y el tapao?—le preguntó la mujer.

—Espirate un momento,—le contestó el hombre malo, mientras miraba de un lao pal otro.

Había llegao la hora: "o me matas o te mato", pensó la mujer; y sacando fuerzas de flaquezas, y con todo el odio de sus entrañas, le dió un empellón, y lo echó al precipicio. Diz que era una noche como ésta, fría y sin Dios...

La abuela Francisca tenía el rostro transfigurado. Hizo crujir los dientes; y acompañó con un gesto revelador el final de la conseja, cual si ella en persona hubiera sido la heroína del drama. Los circunstantes, temblando, nos miramos. La anciana prosiguió:

—Dicen que en las noches de junio, salían del precipicio unos sollozos, y luego un grito que se prolongaba de quebrada en quebrada. Al oirlo, cuentan que lloraban los gallos, aullaban los perros, y se escondían las gentes. Y agregan que sólo la mujer no le tenía miedo y le contestaba:

—¡Perverso, maldito, mala entraña!

No terminó de hablar la abuela Francisca, cuando el viejo mastín, que escuchaba también el cuento, salió corriendo, dió varias embestidas y púsose a aullar. Todos, temblorosos, buscamos un reparo más seguro junto al fuego, menos la anciana que yendo hasta la puerta, apostrofó:

—¡Sí, todavía has de volver, perverso, descastao!

Calló el perro; pero la abuela, aún de pie en el umbral de la estancia, siguió amenazando con el puño cerrado a un ser invisible.

—¿Con quién te enojas abuelita?—preguntó el más pequeño de los oyentes.

—¡Curioso, agrandado! ¡Cállese la boca!

Ninguno se atrevió a inquirir más. La abuela volvió a su asiento, y poco a poco fué quedándose dormida... Una sonrisa de orgullo y satisfacción vagaba en su rostro. Un gesto de venganza tenían sus dos puños cerrados...

César CARRIZO.

Dib. de Biondini.

Juramentos raros

Así como en nuestro país se jura ante los Santos Evangelios, o se promete por su honor, en los tribunales, en otros países se jura de forma muy distinta.

Los chinos juran retorciendo el pescuezo a un pollo o gallina y diciendo: "Si yo no digo la verdad, que los dioses me maten como yo mato esta ave".

Los sacerdotes budistas dicen al jurar: "Si miento, arrojado sea al purgatorio y me vea condenado a llevar agua a través del fuego en un cesto de mimbre".

En Assan, el testigo aparece con una cuerda en la mano y dice: "Si mis palabras son falsas perezca con esto".

En Nueva Guinea juran por el sol llamándole para que los abrase si no dicen la verdad.

Muchos salvajes juran por las fieras por las cuales piden ser devorados si mienten en su declaración.

El girasol

En algunos países, y especialmente en las provincias del Norte de Rusia, el girasol sirve para algo más que de adorno con sus inmensas flores. La semilla se utiliza en la manufactura de aceite, el cual sirve y se emplea en la cocina y para hacer jabón. Los tallos y las hojas se queman y las cenizas se usan en fabricar potasa. El año pasado las fábricas de girasol del Cáucaso produjeron mil quinientas toneladas de potasa.

La Feria de Muestras de La Plata

Su realización constituye una acertada medida de gobierno público. — Han concurrido a ella los principales industriales y comerciantes argentinos y muchos extranjeros. — Un público numerosísimo la visita diariamente. — Detalles de la organización y características de la Feria.

Entre los recuerdos más vivos que el habitante de Buenos Aires conserva de la celebración del centenario de 1910, figura señaladamente el de las exposiciones internacionales de diversa índole realizadas entonces. Aparte los muchos motivos de atracción que aquellas exposiciones tenían, el visitante experimentaba en ellas por un momento la sensación de hallarse situado en un punto de convergencia de todas las actividades nobles del mundo, como si en aquel lugar y en aquel instante, por grata deferencia, todos los hombres de ciencia, de arte y de profesión del Universo se hubiesen dado cita para exponer los más preciados frutos de su labor.

Pues bien, con decir que la Exposición-Feria de Muestras inaugurada en estos días en La Plata ha removido en nosotros el recuerdo de aquel año centenario, nos parece decir mucho en favor de ese acto. Efectivamente, viendo esa exposición, también internacional, aunque en menor escala, también variadísima y también pululante de gentes, y pintoresca con su multitud de muestras de toda clase de industrias, hemos creído volver a vivir aquellos momentos de cosmopolitismo que hicieron de Buenos Aires un centro de atracción universal.

Bajo dos aspectos diferentes e igualmente importantes puede considerarse la Feria de La Plata: el uno, como medida de gobierno público para fomentar el comercio y la industria, y el otro, como atractivo dado a una ciudad que por sí sola lleva una vida notablemente monótona.

En el primer aspecto, bastará tener presente que las Ferias internacionales se realizan desde hace no menos de diez siglos en los más adelantados países de Europa, siendo hoy algunas de las más famosas las de Lyon, Padua, Milán, Leipzig, Barcelona, Valencia, etc. Su celebración tan frecuente y su éxito, responden a necesidades internacionales que los gobiernos públicos han debido satisfacer, ya desde la lejana Edad Media. En Sud y Centro América todavía no se había efectuado ninguna. Su necesidad, sin embargo, se hacía sentir por todos, como en Europa y en la América del Norte, donde también se celebran periódicamente, y la prueba de ello está en que la reciente V Conferencia Panamericana de Santiago de Chile dió un voto unánime en favor de las Ferias de Muestras.



Doctor Antonio Rodríguez Jáuregui, ministro de obras públicas de la provincia de Buenos Aires, bajo cuyo ministerio se ha organizado la Feria de Muestras.

Al organizar esta Feria de La Plata, el gobierno de la provincia de Buenos Aires no hace sino tomar la iniciativa en una función que todos los países han reconocido a sus gobiernos. Promueve esta Feria y con ello da ocasión para que se reunan en un lugar dado todos los comerciantes e industriales de la República y los que deseen concurrir del extranjero, y muestren al público sus productos. Al mismo tiempo, si bien en la Feria no están consentidas las ventas, se permiten las transacciones y se declaran los precios de los artículos en tipo de competencia, y surge la emulación en el comercio local.

Pero no bastaba saber que la Feria de Muestras era institución habitual en otros pueblos, y que los gobernantes americanos la habían declarado necesaria en nuestro continente. Había que pulsar, además, la opinión del público y de los industriales y comerciantes del país, en particular. Para esto, sólo existía un camino; la aventura, sencillamente; tomar la iniciativa y llamar a todos a concurso. Es lo que ha hecho el gobierno del doctor Cantilo, y del acierto de tal actitud nadie mejor que el magnífico espectáculo de la Feria puede responder.

Establecida en el amplio "hall" de la vieja estación ferroviaria de La Plata, frente a la plaza San Martín, cuenta con 220 expositores, que llenan totalmente el local. Los expositores son principalmente de la capital federal; luego, del interior de la República, y por fin, del extranjero. Los productos expuestos son casi todos los que la industria moderna elabora: maquinaria, mueblería, carnicería, librería, zapatería, instrumentos de música, bebidas, herrería, etc., en la variedad más completa que dentro de la Argentina se puede conseguir. En rápido recorrido, pues, el visitante puede enterarse de la diversidad de productos industriales que tiene a su alcance en el país, desde los pintorescos tejidos de Salta hasta las más poderosas máquinas de Buenos Aires.

Por lo demás, los expositores se han esmerado en su presentación, y todos ostentan puestos cuidadosamente montados, algunos de ellos con verdadero arte. Y en cuanto al público, su afluencia no sólo de La Plata, sino de la capital federal y pueblos cercanos es tan numerosa, que, no obstante funcionar la Feria la mayor parte del día, varias veces ha sido preciso ya contener la entrada por falta material de sitio para dar cabida a todos los visitantes. Ni las más optimistas esperanzas de los organizadores podían presumir, seguramente, tan extraordinario éxito.

En el segundo de los dos aspectos mencionados, quien conozca el vivir monótono de La Plata, valorará justamente lo que para su población tiene que significar esta Feria. Con ella, en efecto, los habitantes de aquella ciudad tienen un excelente y gratuito motivo de diversión, y no hay más que ver la avidez y satisfacción notorias con que concurren al bullicioso local de la Feria, para comprender que en ella encuentran un desahogo al apocamiento ordinario de su vida ciudadana, a la par que una oportunidad sumamente instructiva. Y el comercio local, ve aumentada su actividad prodigiosamente.

La Feria funciona todos los días, de 9 a 11 y de 15 a 19; los jueves y domingos, además, de 19 a 22, con entrada completamente libre.

Como decimos más arriba, no se permiten en ella las ventas de ningún género, detalle que tienen en cuenta todas las Ferias de Muestras del mundo; pero pueden efectuarse transacciones con los expositores, en días especialmente señalados.

Por último, a fin de facilitar la concurrencia de visitantes de la capital federal, la empresa del Ferrocarril Sud ha reducido a casi la mitad el precio de sus pasajes a La Plata y viceversa, para mientras dure la Feria.

José GABRIEL.

La inefable familia de los Bécquer

El romanticismo de los Bécquer, su vocación tan hecha, tan resignada, tan pertinaz, revelaban ya unos prolijos antecedentes de artistas en la familia.

Se habían educado los dos Bécquer en un ambiente de respeto por el arte que hace florecer las alfombras de esas casas recatadas, de espíritu acendrado y romantizado.

Habían encontrado no sólo en su casa, sino en la de sus tíos una especial adoración por el arte, que les hacía a todos orgullosos, tiernos, desasosegados y ponía en sus sonrisas algo muy simpático y bajo sus cejas ponía también una sombra profunda.

Los Bécquer conocían el temblor de arte que había en los pasillos de esas casas de su familia, algo que les hacía entrar trémulos y tímidos en la habitación en que sonaba el piano o en que el tío abuelo don Joaquín — ese que aparece en el cuadro con el uniforme de capitán de los carlistas—pintaba sus cuadros de batallas.

En aquel ambiente de arte, de vaciados truculentos y hercúlinos, de libros con estampas, de cortinas con decoración de tapices, los Bécquer adquirieron aquel aire heroico de artistas valientes, inevitables, irremediables, fatales que tuvieron siempre.

En este cuadro que se acaba de encontrar y que es aún inédito en el historial de los dos artistas, hay una escena de familia dotada de ingenuidad antigua, todos los rostros sobrecogidos y atraídos por el público de la posteridad que representa el pintor, solitario en ese momento, pero bien sabían ellos que sería algún día el público de las visitas, de las almonedas o de los museos.

La hija de Valeriano Bécquer ha descifrado este cuadro: "es una escena de familia—dice—allá en el año 18[illegible]9, en la que el primer personaje, o sea el que sentado ante un caballete está pintando en el lienzo una batalla: es don Joaquín D. Bécquer, hermano de mi abuelo don José, pintor como éste notable también... La segunda figura, muy interesante, sentada delante del piano en actitud de tocar, es su esposa, dama perteneciente a aristocrática familia andaluza... La otra señora que se apoya en el espaldar del sillón donde se sienta el pintor es una hermana de mi madre, doña Inés Coghan, viuda entonces y de la que es hija esa niña que está sentada a sus pies, Carlota, de 10 años, enlutada también como ella."

Es grato haber podido conseguir la historia del cuadro, y que nadie de los que en él figuran, sea ese "desconocido" del que ya no se vuelve a saber nunca el nombre ni el parentesco.

Los dos Bécquer célebres sintieron el anhelo que había en este cuadro, la suspensión de la vida al aspirar a algo más supremo. Debieron ver muchas veces este cuadro en casa de su tío abuelo y se fijaron en las manos pequeñísimas de la pianista que se ha quedado posada en el piano como la medium en la mesita trasmisora.

Todo en el cuadro ese tiene tipo de antecámara de unos artistas que figurarán ya para siempre en la historia literaria del país. El antecedente discreto, bien puesto, perplejizó a los Bécquer.

Este cuadro familiar que según tengo entendido van a regalar sus dueños actuales, los hermanos Sirabegne, al Museo de Sevilla o de Cádiz, tiene la evocación de aquellas horas; está pintado con colores y horas, aquellas horas como de mejor clase que estas que se mezclaban a las pinturas de hoy, que son pinturas hechas con color y sin el ingrediente del tiempo.

Todos están pintados en aquel momento satisfechos, con la honda satisfacción de inmortalizarse en el cuadro, como en el Domingo perpetuo del lucimiento, orgullosos y llenos de sonrisas serias y apretadas.

Esto cuadro es una viva rama más del árbol genealógico de los Bécquer, una demostración de cómo fué de frondosamente simpático artista, empacado y romántico el árbol que les unificó.

En la historia de esa familia de los Bécquer que parece que hemos tratado — vivían en un hotelito de la Prosperidad — hay una gran intimidad artística; el uno toca el violín, la otra el piano, la otra hace flores de cera maravillosas, el otro escribe versos, el otro pinta, la más niña borda pájaros ideales.

Ramón **GÓMEZ DE LA SERNA.**



La familia de Bécquer.

La industria del agua de azahar en Marruecos

La destilación de la flor del naranjo en Marruecos practícase familiarmente entre los indígenas de Fez y Marrakés; en las inmediaciones de Fez, el ochenta por ciento de los naranjos son de una variedad propia para fabricar esencias aromáticas.

Según estadísticas procedentes de la zona de influencia marroquí el número de naranjos destinados a ese fin era en 1917 de 103.537.

Con ligeras variantes, derivadas del tiempo que ha hecho durante el año, la cosecha dura unos veinte días, efectuándose en abril en Marrakés y en mayo en Fez.

Las mujeres arrancan únicamente las flores que han abierto y vuelven varias veces al mismo árbol mientras dura la cosecha. Recogen, por lo general, unos cinco kilos de flores frescas al día.

El rendimiento de los árboles cambia extraordinariamente con el régimen estacional. En 1915 dieron, por término medio, seis kilos por pie, y sólo dos y medio en 1916.

Estas flores las destilan los indígenas, como las rosas, por procedimientos muy primitivos, y obtienen con ellas un hidrolato que se usa mucho en sus perfumes y bebidas.

Lo que sobra lo exportan por la zona española hacia nuestros puertos, en pequeñas cantidades.



El escritor español Ramón Gómez de la Serna que con el presente artículo inicia su colaboración en Mundo Argentino

En el mundo del cine

En "Los diez mandamientos" de Cecil B. de Mille, será evocada la figura del rey Tutankhamón. Mrs. Meehan, perito en antigüedades de la Paramount, está en Egipto buscando datos para asegurar la corrección histórica del episodio proyectado por de Mille.

Entretanto, **Carmel Nuvers** anuncia un film titulado "Tutankhamón" y en el cual tendrá un papel importante **Malcolm Mc Gregor**, a quien recientemente hemos vuelto a ver en "El prisionero de Zenda".

Mary Pickford ha abandonado definitivamente sus proyectos de hacer una adaptación de "Fausto" y ya está trabajando intensamente en "Rosita", film cuyo argumento se desenvuelve en España hace unos cuantos siglos. **Joseph Schildkraut**, el "Chevalier" de "Huérfanas de la tormenta" tiene a su cargo el principal papel masculino.

Así como Botafogo, el famoso "crack" de nuestro Hipódromo, como potrillo sólo se distinguió al parecer por sus malas cualidades, así Tony, el célebre caballo de **Tom Mix** empezó por ser un potrillo insignificante y que provocaba la risa de cuantos lo veían por su raro modo de andar. Pero un día lo vió un amigo de Tom, ex cow boy como éste, a quien Tom encargara la compra de algunos caballos, y admirado de la inteligencia de Tony lo adquirió por pocos pesos. Hoy Tony es un animal hermoso, el caballo más célebre del film, el ídolo de Mix, y recientemente sirvió de modelo para una estatua de bronce que simboliza el "Far West".

"La parada de los soldaditos de madera", es uno de los números de más éxito del espectáculo del Century Roof de Nueva York. En "El froufrou de la seda", film dirigido por Herbert Brennon, y en el cual intervienen **Anna Q. Nilsson, Betty Compson** y **Conway Tearle**, se necesitaba una escena de cabaret y Mr. Brennon optó por presentar una copia de la célebre "Parada" y el baile de la muñeca Katinka como parte del programa, con lo cual también nosotros tendremos ocasión de ver lo que tanto entusiasma a los neoyorquinos.

Rudolf Klein-Rogge, es un actor alemán que desempeña el papel del protagonista en "El doctor Mabuse", admirable drama producido por Fritz Lang y que dentro de poco será ofrecido a nuestro público. "El doctor Mabuse" es un terrible criminal, que se oculta a los ojos de la policía bajo las más diversas máscaras, y que no desdeña medios para alcanzar a sus víctimas. La única que le resiste es la condesa Tolst, cuyo esposo está también destinado a ser víctima del bandido. La película contiene muchas escenas curiosas, como la de la escena de espiritismo, la del cabaret cubista y algunos extraordinarios efectos de sombra.



Virginia Brown Faire, estrella de cinematógrafo, que contraerá enlace con un autor, de quien espera antes el divorcio con su anterior esposa.

Mr. Emile Coué, el famoso profesor de autosugestión, ha terminado recientemente un film titulado "El mensaje de Emile Coué", en el cual él mismo desempeña un papel importante. El film ilustra muchos de los ejemplos citados en los libros del psicólogo y, según dice él mismo, sólo tiende a enseñar a los que lo ven, a curar sus enfermedades por su propia voluntad. "La imaginación domina a la voluntad", dice Mr. Coué, "y que los actores del film procuran demostrar cómo se puede impresionar la mentalidad subconsciente, gracias a la cual se domina luego voluntariamente a la imaginación." El éxito del film puede juzgarse por la oferta hecha al doctor Coué por uno de los más importantes editores norteamericanos de películas, quien promete pagar a Mr. Coué 5000 dólares por semana.



Joseph Schildkraut, elegante galán, contratado para la nueva producción "Rosita", que llevará a cabo Mary Picford bajo su dirección.



Bárbara La Marr, que al hacer una visita a una exposición de automóviles halló un pequeño abandonado al que ha adoptado



Tony, el famoso caballo de Tom Mix, tan célebre por su bondad como por el adiestramiento.



Numi Palmieri, que debe su debut a la magnífica "toilette" que lucía en una revista de modas.



Mr. Emile Cowé, el profesor que ha llevado a la cinematografía sus ideales de auto-sugestión con algunas demostraciones de gran interés.

La compañía de actores rusos que actuara recientemente en Nueva York, ha firmado contrato con la "Cosmopolitan" para interpretar ante la pantalla el drama "Tsar Fyodor Ivanovitoch".

La esposa del presidente de una compañía cinematográfica, hojeaba una revista de modas cuando vió un traje que le llamó repentinamente la atención, no por el corte sino por la joven que lo lucía. Escribió a la redacción, hizo venir a la joven, la presentó a su esposo y ahora **Numi Palmieri** es una de las principales figuras de la compañía.

Francis Bushman y **Beverley Baine** realizan su promesa de volver a la pantalla. Su primer película se titulará "Matrimonio moderno".

Barbara La Marr ha adoptado un bebé de 6 meses, que encontró en un asilo en Texas, adonde fuera para asistir a la apertura de una exposición de automóviles.

John Pialoglo, negociante en tabaco y ex esposo de **Constance Talmadge**, festeja a otra artista de cine. Y pensar que la principal razón de su divorcio fué que no quería permitir a Connie seguir la carrera.

Dicen que **Virginia Brown Faire** contraerá enlace con H. Hvan Loan, autor cinematográfico, en cuanto éste consiga el divorcio de su actual esposa.

Mabel Normand ha contado a la mitad de sus amigas que acaba de casarse con un norteamericano y a la otra mitad que su esposo es un lord inglés. Y ahora no se sabe cual de las versiones es verídica o si se trata de una broma de Mabel, que andaba luciendo un traje de seda blanco y diciendo que era su traje de novia.

Charles Ray le salvó la vida a **Enid Bennett** hace unas semanas, cuando la bella esposa de Fred Niblo debía montar un toro y cayó al suelo, mientras el toro se preparaba para atacarla. Ray corrió en su ayuda y consiguió eludir al toro y llevar a Miss Bennett a un lugar seguro.

Katherine Mac Donald ha roto su compromiso con **John Mowell.**

Neal Bums ha sido víctima de un accidente de automóvil y está en un sanatorio.

May Mac Avoy ha sido operada de las amígdalas. Sigue bien.

Mabel Normand se ha casado con un norteamericano a quién conoció en Londres.

En Hollywood (como en París) han estado de moda este último tiempo las fiestas en las cuales es obligatorio el traje infantil, pantalones cortos, blusas marineras, polleritas hasta la rodillas, zapatitos Guillermina.

GALERÍA CINEMATOGRÁFICA. — LILA LEE



Una niña hermosa, inteligente, llena de atractivos y no desprovista de talento, destinada al parecer a conquistar todos los favores del público, estrella luminosa que, sin embargo, casi se extinguió cuando apenas comenzaba a llamar la atención. Y todo ello porque los directores de la Paramount quisieron hacer el experimento de lanzar una estrella sin consultar antes las preferencias del público. Para otras la experiencia habría sido fatal, pero la jovencita a quien esto aconteció era muy optimista y también muy valiente. ¿Que el público no la quería? Pues a conquistarlo. Descartando lo que ella consideraba un falso orgullo, aceptó papeles pequeños en películas donde otras hacían de estrella, y trabajando y eztudiando ha llegado a ocupar un puesto del que nadie puede sacarla porque lo ha conquistado ella misma gracias a su empeño y a su fe en sí misma.



Enid Bennett, que en una película sufrió un accidente expuesta a perder la vida, del que Charles Ray la salvó milagrosamente.



John Pialoglo, que tan tirano aparentó ser con su esposa Constance Talmadge, de quien pretendió separar del cine, se dice festeja a otra artista.



Malcolm Mc Gregor, personaje principal de la película "Tutankhamon", una de las varias producciones sobre este tema que circulan por los talleres.



Mabel Normand, divorciada recientemente, atribuye entre sus compañeros distintas nacionalidades a su prometido.

La casa nueva

—¡Noventa centavos!... ¡Noventa! —gritaba el rematador encaramado en la silla.—¡Noventa centavos la vara!...

Pedro, el cerrajero, sentía que el corazón le palpitaba con fuerza; estaba realmente emocionado.

Pero de pronto se resolvió y, levantando la cabeza, dijo tímidamente:

—Noventa y cinco.

—¡Noventa y cinco!... ¡Noventa y cinco!—repitió el rematador, y casi en seguida bajó el martillo dándose un golpe en la palma de la mano.

Llamaron a Pedro, que atravesó por entre la multitud que presenciaba el remate, y cuando estuvo delante de un jovencito que escribía en una libreta, dijo su nombre y abonó la primera mensualidad de quince pesos. El pequeño solar era suyo desde aquel momento.

Pedro se marchó en seguida. Estaba un poco aturdido por las emociones experimentadas durante el remate. Y mientras caminaba a prisa por las calles llenas de sol de un hermoso día domingo, iba pensando en la impresión que causaría en su mujer y en sus hijos la noticia de que había comprado un terreno. Cuando llegó a su casa no encontró a nadie. Las dos míseras habitaciones del conventillo estaban solitarias y Pedro las miró con un poco de desprecio, pensando en la futura casita que él haría construir en el solar adquirido.

Cuando ya de noche llegó su mujer con los tres hijos, Pedro estaba muy contento, y cogiendo al menor, un chicuelo de tres años, lo sentó en sus rodillas y lo hizo bailar y reir mucho. Claudia, la hija mayor, de diez y nueve años, ordenó sobre la mesa la pobre vajilla y todos se sentaron a comer. Cuando se sirvió la sopa, Pedro habló por fin: no podía callar ni un segundo más su secreto.

—Tengo una gran noticia—dijo levantando en alto la cuchara.

Todos lo miraron sorprendidos; hubo un instante de silencio, y en seguida Pedro contó lo que había pasado en el remate.

Su mujer, una pobre mujer de obrero, flaca, amarilla, de pelo rojo, casi lloraba de alegría; Claudia palmoteaba y derramó un vaso de agua, y los dos pequeños, sin comprender nada, chillaban también al ver la alegría de sus padres.

Pero de pronto la madre se puso seria, y con mucha inquietud preguntó:

—Pero... ¿podremos pagar todo?

—Sí—respondió Pedro; y explicó sus cálculos: sus ahorros, juntando su jornal y el de Claudia, que trabajaba en una fábrica de fósforos, alcanzarían para cumplir con las mensualidaes.

Y alegres, completamente dichosos, se olvidaban de la sopa que se enfriaba en los platos, y con los codos sobre la mesa oían a Pedro que hablaba y hablaba incesantemente, detallando proyectos y haciendo cuentas con ayuda de los dedos. Cuando fueron a dormir, aun conversaban y todavía en la cama cambiaron ideas, mientras los dos pequeños dormían plácidamente en su camita, soñando quizás con los árboles de la plaza donde habían ido a pasear aquel día.

Y pasaron los días y los meses, y al cabo de dos años de ansias y de privaciones, el cerrajero y su familia tuvieron otra alegría: fueron todos a ver colocar la primera piedra del cimiento de las dos habitaciones que habían mandado construir.

Cuando llegaron al solar vieron a los dos albañiles que se disponían a trabajar.

Pedro los saludó, conversaron un instante porque eran amigos, y después empezaron la obra.

El cerrajero, su mujer y Claudia los contemplaban, mientras los dos chicos saltaban y se revolcaban en un montón de arena.

Al regresar al conventillo, todos estaban silenciosos. Pedro era el que estaba más pensativo. Por su imaginación pasaron los dos años de esfuerzos continuos, empleados en ahorrar el dinero necesario para pagar el terreno y construir la pequeña casa.

Dos años de privaciones, de sobresaltos, de ansias, de fatigas, de extraordinaria constancia en el trabajo del taller. Pero los tres: él, su mujer y Claudia no se habían quejado nunca. "Es para la casa", decían, y se conformaban comiendo un pedazo de pan duro y bebiendo siempre agua. Claudia no se había hecho un solo vestido en los dos años. Con los pocos trapitos que tenía, había ido pasando, remendándolos cuando se rompían y no refregándolos mucho cuando los lavaba y planchaba, por temor de gastarlos demasiado.

Y la pobre madre, aquella mujer rubia y flaca, después de limpiar la casa



y cuidar a los pequeños, todavía encontraba tiempo y fuerzas para lavar la ropa de una familia rica que vivía en la vecindad.

Eran días de privaciones sin cuento, de cálculos continuos, de temores incesantes. La casa, la casa, siempre estaba la sombra de aquella casa en proyecto, interponiéndose entre ellos y las más insignificantes satisfacciones de su vida miserable.

Y aquel día, por fin, respiraban, y pensando en todo lo que habían tenido que luchar para construirse aquel hogar propio, donde el casero no vendría a exigirles el odioso alquiler y donde podrían hacer todo lo que quisieran porque era de ellos, únicamente de ellos, marchaban en silencio, abatidos por el inmenso esfuerzo realizado.

Durante el almuerzo Pedro tuvo una idea.

Se levantó antes de terminar la comida y salió diciendo:

—Vengo en seguida.

Cuando volvió traía una botella con vino y echando en los vasos, exclamó alegremente:

—Hay que festejarlo, qué diablo. Bastante hemos deseado esto durante dos años...—Y todos bebieron riendo.

Pasaron aún algunos meses, al cabo de los cuales estuvo concluída la casa. Las dos piezas y la cocina se elevaban en el centro del solar, blancas, muy blancas, húmedas todavía por el agua de la argamasa. El día que el carpintero la entregó con todas sus puertas nuevecitas, Pedro fué a recibir la llave. Dos días después, la familia se mudó.

Fué un día de invierno, gris y lluvioso. El frío hacía lagrimear, una tormenta se preparaba.

Muy a prisa fueron llevados en un carrito los pocos muebles, y Pedro, su mujer y sus hijos quedaron instalados en la nueva casa.

Claudia se afanó por colocar los muebles con toda coquetería, y hubo discusiones cuando se trató de clavar un clavo para colgar un cuadro. Pedro no quería, porque decía que se estropeaba la pared.

Cuando llegó la noche, la tormenta que amenazó durante el día, se desencadenó con gran violencia. Pedro, en la cama, escuchaba el estrépito del viento y del agua, muy violentos. Las puertas se sacudían con rudeza y llegó un momento en que el cerrajero no pudo estarse quieto y se levantó.

Cuando encendió un fósforo vió que el agua invadía el cuarto. Muy sobresaltado exclamó:

—¡El caño del patio no da salida al agua!...

Y mientras su mujer y Claudia se levantaban, él se puso los botines rápidamente y salió al patio. Un minuto bastó para que se mojara completamente. Destapó el desagüe, y cuando entró de nuevo al dormitorio temblaba como una hoja. Se cambió de ropa, su mujer lo arropó, pero el frío no se le quitaba. Al día siguiente ardía de fiebre. Se llamó al médico y cuando lo examinó declaró que tenía pulmonía.

Aquel organismo de obrero robusto estaba minado, tronchado como un roble por la polilla. Pasaron algunos días crueles. En la casita nueva se lloraba mucho. Hasta los pequeños estaban silenciosos en un rincón.

Pedro, hundido en la cama, miraba tristemente las paredes blancas y casi no hablaba.

Un día, vino el médico y no recetó nada más que reposo. Y pasaron veinte días. Pedro tosía mucho y manchaba los pañuelos de sangre: cuando escupía la saliva era roja.

Una mañana el sol penetró en la habitación por la puerta entreabierta. Era un rayito amarillo y templado, que hacía bailar los átomos de polvo con rápidos movimientos. Pedro se sentía algo mejor y se sentó en la cama. Su mujer estaba a su lado, más pálida y más flaca, con el pelo rojo recogido con desaliño.

Claudia había ido a la fábrica. El silencio era completo. De pronto un pajarillo se posó en el alero del tejado, sobre la puerta, y cantó alegremente. Pedro levantó los ojos. Su mujer, que lo observaba, dijo:

—Están haciendo un nido.

Pedro quedó pensativo un instante. Toda su vida de trabajos pasó ante sus ojos, toda su vida de obrero, tronchada tan despiadadamente cuando se preparaba a ser un poco feliz. Contemplaba aquella casita que era suya y que había adquirido a costas de grandes fatigas, de heroicas privaciones, y una tristeza infinita, una tristeza de muerte le empujaba un sollozo a la garganta. Después, siguiendo el curso de sus ideas, murmuró levemente:

—¡A los pájaros no les cuesta casi nada una casa!...

Y pocos momentos después, mientras seguía pensando en su desgracia, murió sin violencia alguna, sin convulsiones, dulcemente, sin apercibirse que abandonaba la vida.

Al día siguiente, cuando sacaron el cadáver, el sol alegraba la casita nueva, que parecía más blanca y más risueña. ¡Y Pedro se iba, se iba para siempre, para siempre!...

Enrique CROSA.

Méjico

Méjico es indudablemente la ciudad más hermosa de toda la América española. Pero no debe a sus edificios y monumentos la grande e indeleble impresión que produce, sino a la majestad de la magnífica e incomparable naturaleza que rodea a la ciudad. No son los detalles particulares los que atraen las miradas; es la extraña, la indescriptible sublimidad del conjunto que compenetra con fuerza irresistible al observador y le obliga a quedar mudo de admiración y de entusiasmo.

Desde los límites del valle de Méjico se disfruta de la encantadora perspectiva de las gigantescas montañas de Popocatepetl e Ixtaccihuat que desruellan en el fondo; grandes y brillantes lagos, cipresales, campiñas llenas de doradas mieses, y como núcleo de todo esto, la grandiosa capital que se extiende en lo profundo del valle como una figura de regularidad matemática...

La plaza mayor, que es la más hermosa de Méjico y a la que no puede compararse ninguna de Europa en cuanto a extensión, es en rigor un hermoso jardín plantado de eucaliptus, a cuya sombra recrean la vista lindos jardincillos siempre floridos, que alternan con cuadros de musgo constantemente verdes y pabellones. En esta plaza está la catedral, maravilloso edificio de orden dórico que sobrepuja a los templos del Nuevo Mundo por su severa y grandiosa construcción, así como por su riqueza; posee una lámpara de plata maciza, tan grande, que entran tres hombres en su interior para limpiarla.

Sobre los lagos que están cerca de Méjico se ven jardines flotantes que son unas especies de almadías o grandes canoas llamadas chinampas, en que se cultivan flores y legumbres.

EL OLVIDO

¿Qué es la vida del hombre? Triste historia
que le deslumbra desde edad temprana,
mentido bien que sin cesar le afana,
ensueño de una dicha transitoria.

La ciencia, el arte, el esplendor, la gloria,
quiere alcanzar en su esperanza vana...
Su nombre espera eternizar mañana,
quiere dejar de su virtud memoria.

Ambiciona poder; mundos extraños
quiere abarcar mientras que va perdido
por el mar insondable de los años;

hasta que el eco del postrer gemido
encuentre entre amargosos desengaños
la inmensa tumba que se llama olvido.

Carlos R. Marcó

La página de las curiosidades

Si después de haber extraído el mosto de la uva se echa agua sobre el orujo y se vuelve a pisar, se obtiene un vino de clase inferior que se llama "lora". Los médicos lo recomiendan antes a los convalecientes.

De todos los cuerpos celestes conocidos, Canopus, estrella del hemisferio austral, es el mayor de los descubiertos hasta hoy.

En Los Angeles (California) existe un palomar monstruo que alberga más de cien mil palomas, nacidas de un centenar de parejas que hace algunos años formaron el nido primitivo. Esta inmensa familia, consume diariamente para su sustento, tres vagones de gramíneas.

Se ha observado que las razas humanas tienden a disminuir en estatura en los países donde más brilla el sol, y, en cambio, aumenta de talla en proporción a lo brumoso y obscuro de la atmósfera.

La tuberculosis se cura tanto más fácilmente, cuanto mayor sea la altura a que se establece el enfermo; los climas fríos y muy secos son los que más convienen a las personas que sufren de esta enfermedad.

El número fatal para los Estuardos, fué el "88". Jaime III es muerto en 1488; María Estuardo es decapitada en 1588; Jaime II de Inglaterra es destronado en 1688; Carlos Eduardo muere en 1788 y Jaime Estuardo, el famoso arquitecto, muere también en 1788.

El hombre más viejo del mundo, es Mr. Shell que cuenta 132 años de edad, gozando de buena salud. Tiene una hija casi centenaria.

Suicidarse por medio del tabaco no es frecuente. Sin embargo lo hicieron dos hermanos daneses, ricos arruinados, que idearon morir de manera original. Fumaron cincuenta cigarros diarios el uno, y trescientos cigarrillos el otro. Al cabo de seis meses, ambos quedaron paralíticos y murieron sin sufrimiento.

Treinta y siete rayos en un día cayeron sobre Buenos Aires durante la tormenta desencadenada el 21 de enero de 1793, que costó la vida a 19 personas.

Los europeos cuando hablan de la patata, lo hacen siempre considerándola como de origen americano; los americanos del Sur, en cambio, le confieren un origen europeo.

El oro de California que, por su abundancia, llamó la atención del mundo entero, fué descubierto por casualidad, abriendo una acequia en la llanura para llevar agua a una máquina de aserrar madera.

La dalia es una flor descubierta en las regiones montañosas de Méjico y a la que Linneo dió el nombre que lleva en honor de su discípulo el doctor Andrés Dahl.

El origen de los "sandwichs" y su nombre es el siguiente: cuando el conde de Sandwich, perteneciente a la alta nobleza inglesa de Jorge III, jugaba, para no perder tiempo se hacía llevar a la mesa trozos de carne y jamón entre dos pedazos de pan, que luego se hicieron populares.

Cómplice inocente de dos ladrones, fué el monarca Luis XIV. Paseando por una galería de su palacio advirtió a dos hombres vestidos con la librea real, que descolgaban un magnífico reloj de pared. Como uno de ellos hiciera equilibrios sobre una vacilante escalera, el rey solícito acudió a sostenerla. Solamente más tarde supo que había ayudado a dos bribones que le desvalijaron.

El inventor de la primera máquina de calcular es míster Babbage, del Instituto Científico de Inglaterra. Desde que la creó no ha cesado de trabajar en su perfeccionamiento, modificándola y mejorándola hasta hacer de ella, la maravilla que todo el mundo conoce.

Las hojas de todos los geranios tienen la propiedad de curar pronto las cortaduras, raspones y llagas.

Se toma una o muchas hojas de esta planta, se machacan sobre un lienzo y se aplican así sobre la llaga. A veces, basta una sola hoja para curarla, pues se pega fuertemente a la piel, favoreciendo el contacto de las carnes; la herida cicatriza en poco tiempo.

Se atribuían al asno virtudes prodigiosas en el antiguo Oriente. Un poema épico de Persia cuenta que el caballo de un héroe, famoso adquirió fuerza extraordinaria porque le cebaron con huesos de asno.

El poder radiante del radio se calcula en veinticinco siglos.

Del ñandú o avestruz americano, tan abundante en nuestras pampas, se exportan plumas en cantidades superiores a 100.000 kilógramos al año.

Hasta los cuarenta años se desarrollan continuamente los órganos y los huesos de nuestro cuerpo que no se encuentran expuestos a una presión.

El órgano es, de todos los instrumentos, el más completo complicado y difícil. Como todas las grandes producciones, es labor de muchos siglos. Cada país y cada época han contribuído a su perfeccionamiento.

La primera víctima argentina de la aviación, fué el teniente Manuel F. Origone, caído mientras intentaba efectuar el raid Buenos Aires-Mar del Plata.

Para dar idea de la pequeñez de los colibríes, basta saber que puede colocarse a una avecita de éstas con sus crías, en una cucharilla de café. Tan singular lecho puede contener holgadamente a la diminuta familia.

Muchos fueron los reyes que hallaron su muerte en la caza. Favila y el infante don Sancho, hijo de Fernando II, rey de León, fueron muertos por los osos; a Felipe el Hermoso, de Francia, le mató un jabalí y don Juan I de Aragón pereció en la caza de lobos.

Los romanos llegaron hasta la extravagancia en su pasión por las perlas. Más de doscientos mil pesos de nuestra moneda valían las que César regaló a Servilia, hermana de Catón de Atica. Calígula y Nerón adornaban su calzado con valiosísimas perlas.

La maravillosa corona o tiara papal es una joya única en el mundo y de valor incalculable. Está formada por un gorro de fieltro forrado de seda en el que hay tres coronas cada una de las cuales es un cerco de oro en el que hay incrustadas ricas gemas y lleva dos hileras de hermosas perlas, noventa en cada hilera.

En gran número de granjas avícolas de California, acaban de ser vacunados miles de pollos para hacerles inmunes a las epidemias que tanto castigan a las aves en los criaderos. La vacuna se hace en la misma forma que se practica en las personas, siendo excelente su resultado.

Buen número de monedas de cartón circularon durante la guerra, sobre todo en Alemania. Los internados irlandeses imitaron este ejemplo y fabricaron monedas de cartón, cuyo valor variaba de un penique hasta una libra esterlina.

En China, no se mira la barba como un adorno, sólo se la deja crecer en una edad avanzada, y antes de los cuarenta años no lleva nadie bigote.

El ave del Paraíso debe su nombre a una leyenda que atribuía a este pájaro la costumbre de pasar cuatro meses en el Paraíso terrestre, para hacer en él su nido y criar sus hijuelos.

El más grande mercado de trigo es el de Chicago.

Las mujeres casadas de la isla Malekula (Nuevas Hébridas) carecen todas de los dientes del medio, porque al contraer matrimonio, las viejas de la aldea se los hacen saltar con una piedra. Esta costumbre es allí tan respetada como entre nosotros la del anillo de boda.

El cuervo es un tragón impenitente; con la mayor rapidez engulle los tejidos blandos del cadáver de una cabra. Pero el buitre europeo le gana en voracidad. Bastan siete de estos pajarracos para descuartizar en hora y media a un caballo.

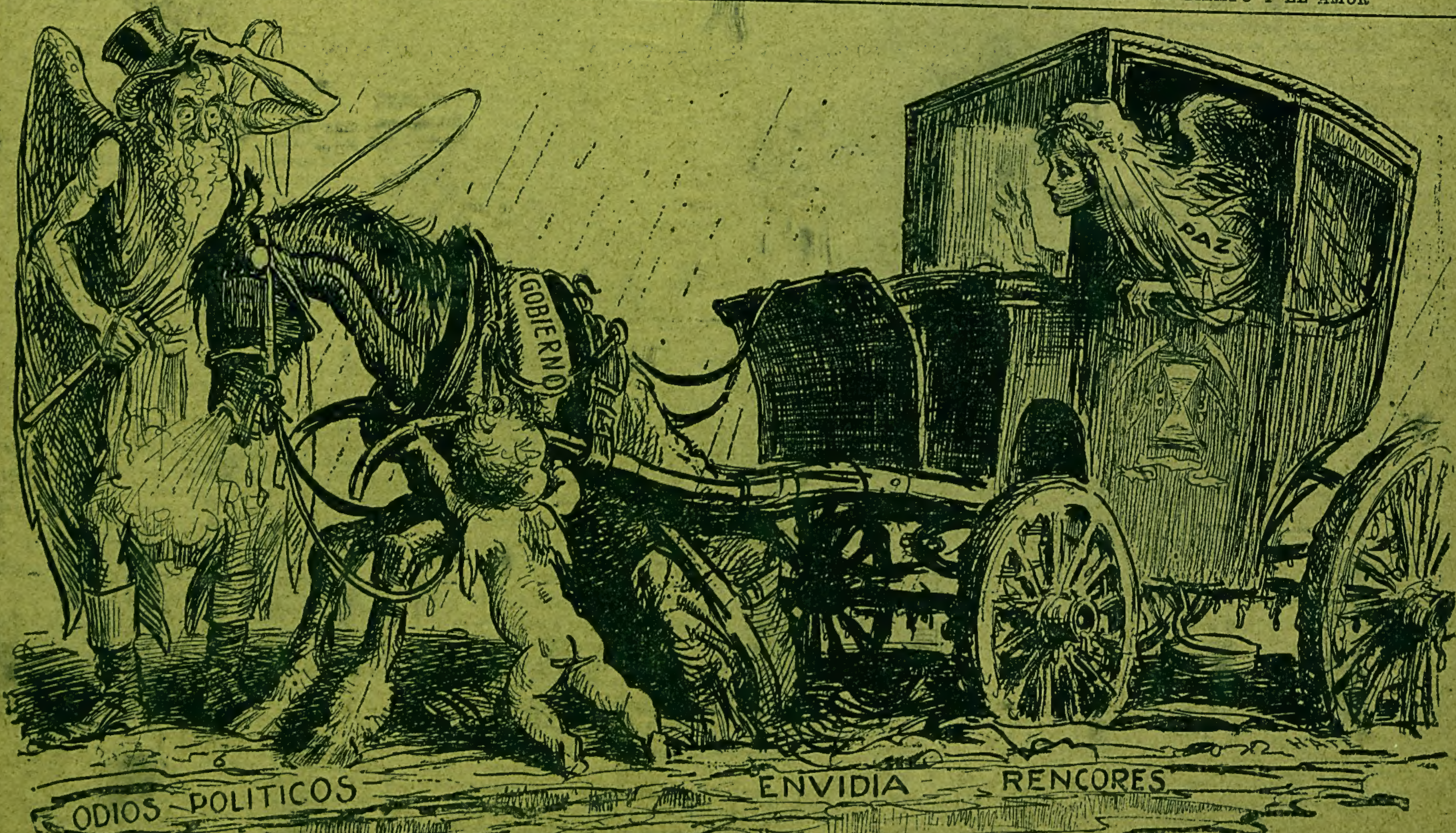
Aprovechando el moderno invento de la radiotelefonía, el Servicio de Sanidad de Estados Unidos, envía dos veces por semana, un mensaje comprendiendo cierto número de instrucciones relativas a la preservación de la salud. Todas las personas que poseen un aparato de este género, gozan de tal beneficio.

El vidrio era un artículo de lujo para los romanos, que preferían beber en copas de cristal y no en las suntuosas de oro y pedrerías que adornaban su vajilla.

Una tacita de vidrio con dos asas que Nerón rompió en un momento de cólera le había costado un precio equivalente a la más rica joya.

Existe en Africa un árbol que crece a orillas de las aguas, cuyas ramas tienen mucha atracción sobre las ostras. Las ramas se sumerjen en el agua con el peso de las ostras adheridas a ellas, siendo este un indicio para los buscadores, advertidos del hecho que tanto facilita su tarea.

LOS OBSTÁCULOS QUE OCASIONARON EL RETRASO DE LA ESPERADA NOVIA O LOS ESFUERZOS INÚTILES DEL TIEMPO Y EL AMOR



La muerte de Gonzalito

Hacía ya tres días que Laureano González—Gonzalito, como lo llamaban sus íntimos — quería suicidarse. Durante esos tres días pudo haber llevado a cabo su siniestro designio muchas veces, pero... Cuando no le faltaba valor, el lugar o la clase de muerte que se le brindaban no le decidían a consumarlo. Pero que quería suicidarse, que se suicidaría al fin, no cabía duda. Laureano González se consideraba con sobrados motivos para eliminarse de este mundo, del que nada esperaba y al que, por consiguiente, no honraría jamás con hechos dignos de elogio.



...después de una borrascosa escena con su novia...

La macabra idea que tan firmemente le dominaba había surgido de pronto en su cerebro, después de una borrascosa escena con su novia, escena en la que no quedaron muy bien parados sus desplantes de hombre caballeresco ni las dotes morales de su prometida. Una nimiedad había provocado el incidente, y tanto él como ella — creyéndose a cual más—no habían titubeado en sacarse los trapos al sol, arrojándose recíprocamente cartas y "presentes" — ya antiguos — a la cabeza.

Próximo como estaba su enlace y sin miembros de familia en el mundo—que Gonzalito no admitía su parentesco con el resto de la humanidad, porque no creía en Adán, — aquella ruptura inesperada lo relegó al más frío abandono, y digo frío porque en pleno mes de julio no era posible que fuese de otro modo.

¿Qué hacer entonces? Otro que no hubiera sido Gonzalito, a buen seguro que habría hallado una rápida solución al problema echándose otra novia; pero Gonzalito no era de esos que creen en el proverbio de "a rey muerto, rey puesto". No; Gonzalito opinaba que el destino de un hombre depende de una mujer; así, pues, dependiendo su destino de su novia, roto su compromiso con ella, aquél quedaba también roto.

Esclavo de esta creencia, sin más perspectivas que vegetar solo y olvidado por el resto de su vida, madrugando todas las mañanas para concurrir a la oficina y acostándose temprano por las noches para no dormirse al día siguiente, todo lo cual no era muy alentador, al volver a su casa tuvo una idea salvadora; aquella idea macabra de quitarse la vida en señal de desprecio hacia su novia y hacia su jefe, que le tenía dominado y que disponía de su voluntad y de su libertad a su antojo.

Aferrado de pies y manos a la tal idea, sentóse junto a la destartalada mesa de su cuarto de soltero en aquella despreciable casa de pensión en donde a cambio de las tres cuartas partes de su sueldo le daban albergue y unas malas comidas—sosas unas veces y otras saladas,—y se dispuso a redactar una carta dirigida al comisario de la sección en la que le daba cuenta que se quitaba la vida por su propia voluntad, pero impulsado por el despotismo y la tiranía de su jefe, que le había obligado a odiar la vida con todas las fuerzas de su corazón.

El hecho de hacer esta manifestación no obedecía a otro propósito que al de vengarse de aquel hombre soez y autoritario, al que, lejos de deberle el pan y los guisos que comía, le debía muchos malos ratos. Y Gonzalito estaba seguro de hacerle pasar algunos no menos malos complicándolo en su muerte.

Si el señor Lentejilla—su jefe—era, aunque no lo parecía, un hombre sensible, no poco martirio iba a causarle su conciencia por la terrible decisión de su más humilde subalterno.

Escrita ya la carta, echósela al bolsillo y se desnudó parsimoniosamente, colgando sus ropas, con el mismo orden de siempre, en el respaldo de una silla. Luego, tras cerrar herméticamente la puerta y la ventana, se acostó, cubriéndose completamente con las cobijas, por si por fortuna la falta de aire lo asfixiaba... Pero este primer intento suyo de suicidarse le fracasó. A la mañana siguiente, al despertarse como de costumbre, se halló completamente destapado. Resultó que — como tenía un "pésimo dormir"—durante el sueño se había libertado de las ropas a manotones y puntapiés.

Aunque no había confiado mucho en morirse a su primera tentativa, este fracaso le descorazonó... Debía, pues, buscar otro medio más práctico y de resultados más inmediatos y positivos, pero... ¿cuál sería el medio?

No le costó mucho hallarlo. Afortunadamente, los automóviles matan a mucha gente, que de lo que menos ganas tiene es de morirse. ¡Pues se dejaría atropellar por uno de estos vehículos homicidas... y todo concluído!

Se vistió y salió a la calle sin la menor intención de ir a la oficina, pero... cuadra tras cuadra, sin conseguir que lo atropellase ninguno de los tantos automóviles que transitaban a lo largo de las calles, llegó hasta la puerta de la casa en cuyas oficinas trabajaba...

¿Qué hacer ahora?

—Me mataré a la salida — pensó, y entró, y, como siempre, aguantó pacientemente el chaparrón de improperios de su jefe, que aquella mañana, como todas las mañanas, había llegado con un humor de los diablos, sin duda a causa de sus eternas peloteras con su cara mitad...

Y ocurrió que a la salida tampoco lo atropelló ningún automóvil, por más que no se ocupó de evitar muchísimos posibles atropellos. De suerte, pues, que su segundo intento también fracasaba.

Verdad es que pudo liquidarse pronto y fácilmente bebiéndose una dosis de bicloruro o arrojándose desde la ventana de su pocilga—un quinto piso—a la calle. Pero estas muertes trágicas le infundían pavor. Y más aun sabiendo que existen tantas muertes dulces y elegantes, o por lo menos, más de moda.

Pensando en esto de las muertes de moda se le ocurrió de pronto:

—¿Si me dejase asaltar? No tengo más que salir de noche y ambular por una calle obscura de los arrabales... Sí, sí; esta noche lo voy a intentar.

Efectivamente; después de cenar un caldo ácido, unas albóndigas sosísimas y los restos de una tortilla salada a más no poder, salió a la calle y se encaminó a Belgrano, en donde los asaltos son más frecuentes.

Pero también fué en vano. A pesar de haber sido esa noche víctima dos hombres de otros tantos asaltos, a él nadie le molestó... Parecía que estaba predestinado a no morir... ¡Y con las ganas de morirse que tenía!...

Y aquella madrugada, de regreso a su casa, se acostó con la convicción de que su muerte no pasaría de ese día. Sí, sí; ese día, costase lo que le costase, se mataría. De todos modos, ¿para qué continuar viviendo sin novia, sin parientes, y sin dinero, que era lo que realmente más lamentaba?

Esa mañana, hallándose en la oficina — siempre obsesionado por su trágica idea — le llamaron por teléfono. Era la patrona de la casa de pensión, quien le llamaba para darle una grata nueva. Había llegado una circular en que un abogado le anunciaba el fallecimiento de un pariente muy rico, del que ni siquiera se acordaba, y que le declaraba heredero universal de su fortuna, que ascendía a cuatro millones.

—¡Pero, es posible!... —se dijo Gonzalito loco de alegría.— ¿Y por qué no ha de ser posible?... ¡Oh, la Providencia!... Si me hubiera asfixiado la otra noche, o me hubiera atropellado un automóvil, o me hubieran asaltado, hoy no sería el hombre más feliz del mundo... Porque estaba de Dios que debía serlo...

Rompió la carta en que le daba cuenta al comisario de su sección de los motivos de su muerte, pidió permiso a su jefe para retirarse, salió a la calle, y loco de alegría se encaminó a su casa. A pesar de su apuro por llegar a ella no quiso tomar un coche o un automóvil por temor a que le ocurriese una desgracia, precisamente en ese momento en que ya no pensaba en quitarse la vida.

Pero... ¡He aquí su mala sombra!... Un albañil que refaccionaba el frente de una casa encaramado en una escalera, sufrió de pronto un vahido y cayó, aplastando a Gonzalito, que en ese momento pasaba por ahí y salvando él su vida milagrosamente...

Y murió Gonzalito entonces, cuando menos lo deseaba, y lo que es peor, sin poder vengarse de su jefe...

José M. BRAÑA.

Dib. de Falc.

Todos los monos en general, pecan de golosos y comilones, pero el que en esto se lleva la palma es una especie de la América Central a la que llaman "carita blanca". Se reunen en bandadas y saquean las plantaciones de maíz y caña de azúcar, hartándose en el terreno y cargando sobre su espalda una buena provisión.

Los enanos suelen distinguirse, con frecuencia, por la vivacidad de su inteligencia, así como los gigantes tienen fama de tontos.

Enano era Esopo, el célebre fabulista griego; enano fué Atila, el terrible conquistador, y enanos eran Pepino el Breve, rey de Francia, Carlos III rey de Nápoles y Alberto el Grande.

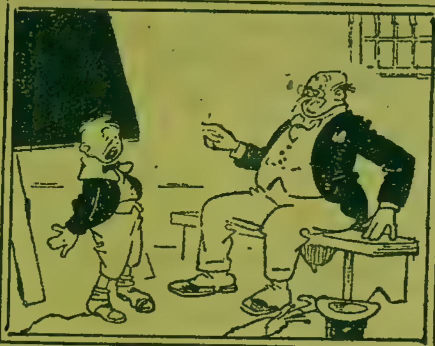
Página amena



La última vez que vi a Fulánez no tenía ni camisa.
—¡Pobre! ¿Dónde fué?
—Bañándose, en Mar del Plata.



—Bien mirado, no es usted tan tonto como parece.
—No puede decirse otro tanto de usted.



—Cíteme los huesos del cráneo.
—¡Parece mentira que, teniéndolos en la cabeza, no pueda acordarme de ninguno



—Deme veinte centavos de aceite de castor... pero deme lo menos posible porque es para mí



—¡Vuelve a pedir limosna y recién anteayer le di diez centavos!
—¿Creía usted que con ese capital iba a vivir de renta?



—¿De modo que hiciste correr mucho a tu enemigo?
—Mucho... pero no logró darme alcance.



—¿Qué guerra estalló en 1870, abuelito?
—A ver... déjame pensar... en 1870 me casé yo con tu abuelita...



—Huevo ¿qué palabra es?
—Sustantivo
—¿De qué género?
—No se puede saber hasta que haya salido el pollo.



—¿Te fastidia que te pida cien pesos?
—No, lo que me fastidia es dártelos.



—¿Cree usted que su padre se opondrá a nuestro matrimonio?
—Si piensa igual que yo, seguramente.



—¿Por qué te peleaste con tu amiguito?
—Porque dijo que yo tenía una cara como la tuya.



—Lo que es mi hija se casará a los veinte años.
—¿Y si no se casa?
—Seguirá teniendo veinte años hasta que se case.



—¿Crees que con la ausencia aumenta el cariño, querida Zulema?
—Haz la prueba. Auséntate por varios años y te informaré luego



—¿Dónde conociste a papá?
—En un naufragio
—¿Será por eso que no quiere que viaje?



—¿Y desde cuando conoces a tu marido?
—Desde la primera vez que le pedí dinero después de casados



—¡En esta vida todo es trabajo!
—¡Pero si tú no sabes lo que es trabajar!
—Me refiero al trabajo de los demás.



—¿Sabes que me he metido a empresario de teatro?
—¿Y qué género piensas explotar?
—El género humano.



—En la casa que acabo de alquilar hay goteras.
—¿Y para qué existen los paraguas?



—¿Qué cosa tienen los elefantes que no tiene ningún otro animal?
—Elefantitos



—¿Me aumentará el sueldo, señor?
—Sí, si es usted diligente y trabajador.
—Ya me figuraba que pondría algún obstáculo.

La primera exhibición pública del aviador Udet



El aviador Udet, rodeado por el ministro alemán y otras personas concurrentes a la exhibición, realizada en el aeródromo civil del Aero Club Argentino, en San Isidro.

El as de los ases alemanes, teniente Ernesto Udet, que realizó una serie de notables pruebas de aviación.





El teniente Udet explicando a las personas que le rodean el manejo de su aparato.



El intrépido piloto, en el momento de iniciar uno de sus vuelos en el campo de aviación del Aero Club Argentino.

Fots. Louzán.

La Exposición - Feria internacional de Muestras,





Un taller de tejedoras, donde se muestra al público el funcionamiento de las modernas máquinas de la industria textil.





Puesto con graciosas vendedoras, que constituyen, por cierto, uno de los tantos atractivos de la exposición.





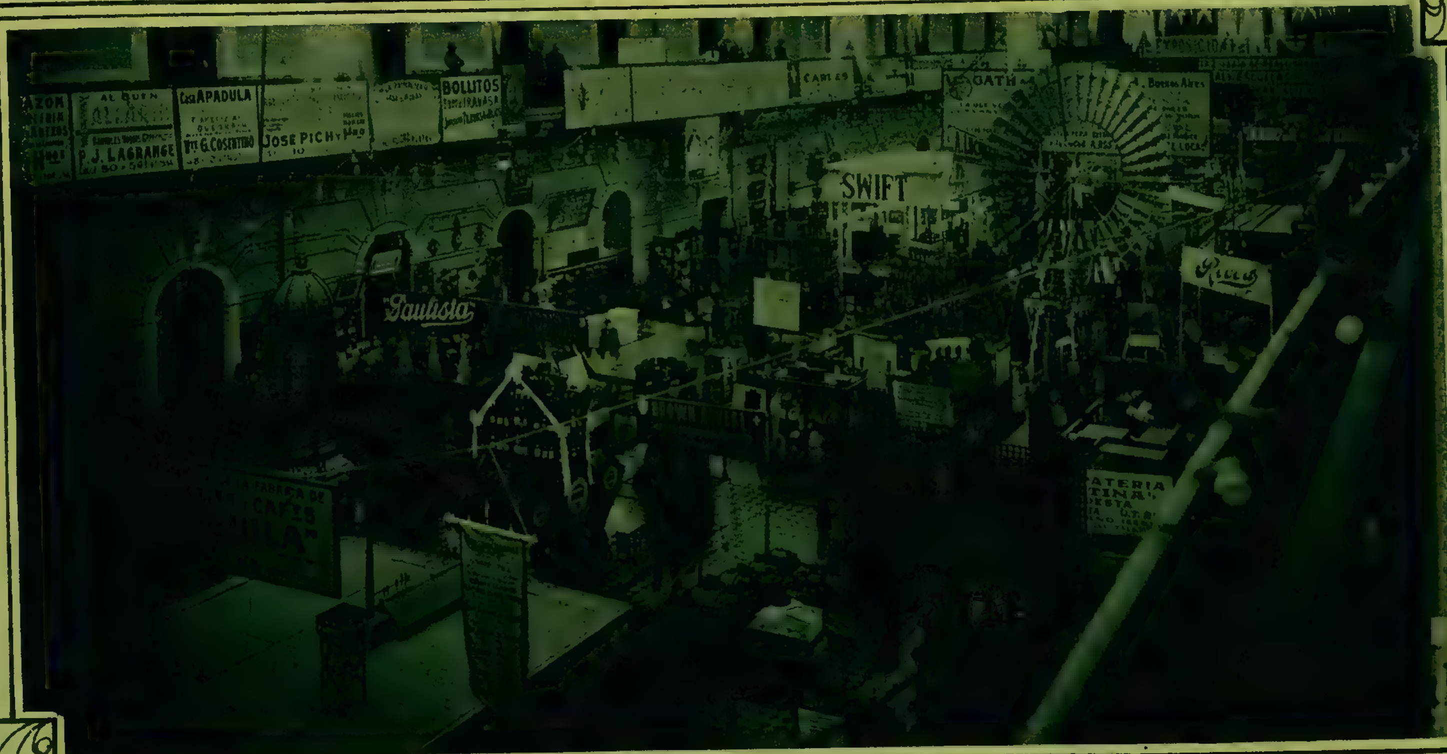
Un detalle de la sección maquinarias, que ha despertado gran interés.



inaugurada recientemente en la ciudad de La Plata



Una fábrica argentina expone una reproducción en miniatura de su establecimiento. Como se trata de una obra interesante es muy admirada por el público concurrente a la exposición.



Aspecto que ofrece en conjunto el interior de la exposición, con su multitud de puestos, en los que el visitante puede contemplar detenidamente las muestras de una gran variedad de productos industriales.



El edificio de la antigua estación ferroviaria, situado en el centro de la ciudad, y en cuyo "hall" interior funciona la Exposición-Feria internacional, con 220 expositores argentinos y extranjeros.

(Ver el texto correspondiente a estas fotografías en la página 4.)

Fot. Lousán.

El primer partido internacional entre escoceses y argentinos



Señores Orio (1), Mazzini (2), Van Kamenade (3), Mattozzi (4), García (5), Célico (6), Heissinger (7), Duarte (8), Caldas (9), Annunziata (10) y Pardal (11), que constituyeron el team argentino, que resultó vencedor por 1 a 0.



Un aspecto de la tribuna popular del nuevo del River Plate, que da una idea del entusiasmo popular suscitado por el encuentro entre argentinos y escoceses.



Señores T. Ferguson (1), W. Frame (2), R. Orr (3), H. Rae (4), H. Mac Kenna (5), J. Walker (6), A. Reid (7), T. Glancy (8), H. Ferguson (9), T. Mc Inally (10), R. Archibald (11), componentes del equipo escocés, que fué vencido después de una interesante lucha.



La tribuna oficial. Parte del público que siguió con interés las alternativas del juego.



El popular "Highlander", que encabesó los equipos, ejecutando aires de su país con la gaita.



Los jugadores escoceses en el desembarcadero de la Dársena Norte, momentos después de su llegada.
Fot. Suñé.



El ministro británico, sir Beilby Alston; el intendente municipal, doctor Noel, y el señor Beccar Varela, en el momento en que el primero de los nombrados da el puntapie inicial del partido.



Durante la salida de los teams a la cancha.



Un avance de los escoceses hacia el arco argentino.



El referee señor Cúneo, acompañado de los capitanes de ambos equipos.

Fot. Louzán.

El Vesubio en erupción



Grandes corrientes de lava que se detuvieron a corta distancia de San Sebastián.



Torre Annunziata. El palacio Sico bloqueado por las corrientes de lava. Sus techos, galerías y jardines fueron destruídos completamente.

El eterno verdugo de Nápoles ha vuelto a entrar en terrible actividad llevando la consiguiente alarma a las poblaciones de los alrededores donde se vive en constantes zozobras.

El día 8 se sintieron fuertes estruendos y conmociones en Torre Annunziata, Boscotrecase y Herculano, notándose poco después los penachos de humo y fuego que empezaban a salir violentamente por el cráter del Vesubio.

Los habitantes inmediatos, y en particular los de la Casa Blanca, al darse cuenta de la magnitud del desastre, abandonaron sus viviendas para ponerse en salvo fuera de la zona peligrosa.

Los telegramas recibidos describen el imponente espectáculo que ofrece el Vesubio, repitiéndose las angustiosas escenas de pasadas épocas.

Cada vez que ocurren estos sacudimientos en Nápoles, se recuerda con terror la erupción del 9 de abril de 1906, cuyas proporciones hicieron pensar también en la del año 79, que sepultó a Pompeya y Herculano.

Uno de nuestros colaboradores, el señor Emilio B. Morales, que se encontraba en Nápoles en aquellas terribles horas, nos ha proporcionado los detalles gráficos que recuerdan las horrorosas escenas causadas por las olas del fuego que arrasaron poblaciones, montes y sembrados.

Las notas gráficas llevan así la impresión de la magnitud de la catástrofe que en estos momentos produce el insaciable Vesubio.



En Boscotrecase. Las grandes masas de lava que corrían con oleadas de fuego, bloquearon y destruyeron la línea férrea.



Imponente aspecto del Vesubio en erupción. Esta fotografía fué tomada desde Casa Blanca, el día 9 de abril de 1906.

Información gráfica del interior



ROSARIO. — Miembros de la comisión del XI Congreso de la Federación Agraria Argentina, que obsequiaron con un banquete a su presidente, señor E. Piacenza.



ROSARIO. — En el Jockey Club, durante el banquete organizado por el cuerpo consular, festejando el día de los cónsules.



ROSARIO. — Durante la demostración en honor del presidente de la Federación Agraria Argentina, señor E. Piacenza.



CÓRDOBA. — La señorita Elvira Verde y el señor Santos Capuano, que contrajeron enlace recientemente.

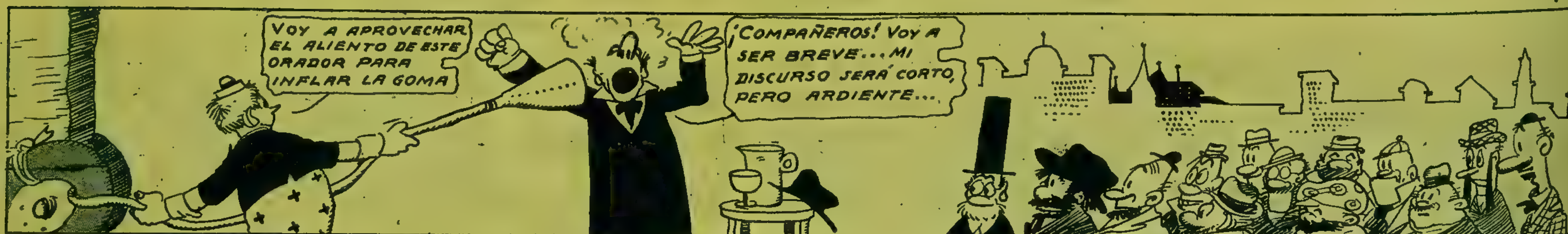


ROSARIO. — Damas de la Sociedad de Beneficencia, a cuyo cargo estuvo la distribución de ropas y víveres, durante la comunión de los presos de la Cárcel Penitenciaría.



SAN LUIS. — Señoritas que tomaron parte en la carrera de caballos del festival sportivo organizado por las damas de beneficencia.

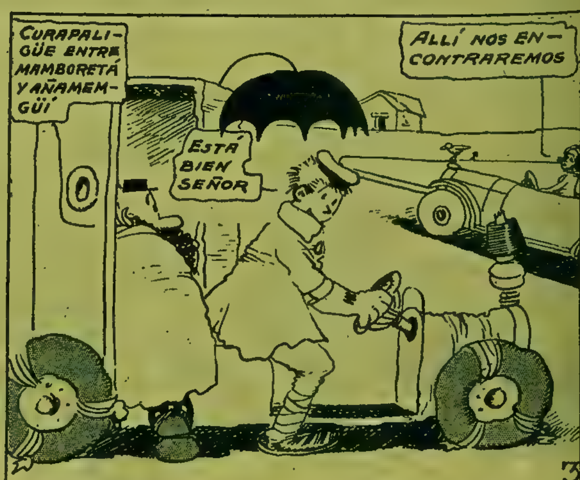
Fots. Martín, Arena y La Vía.

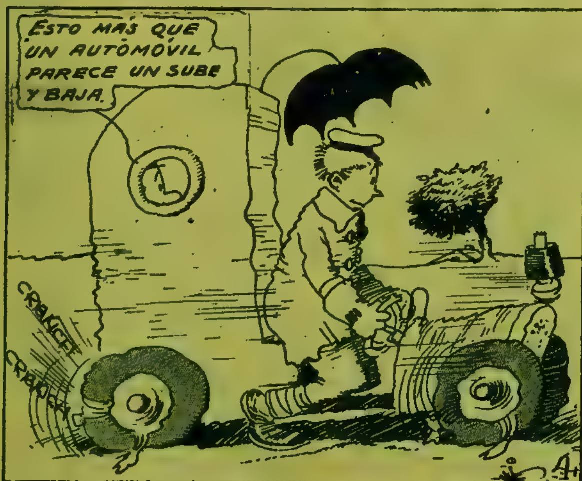


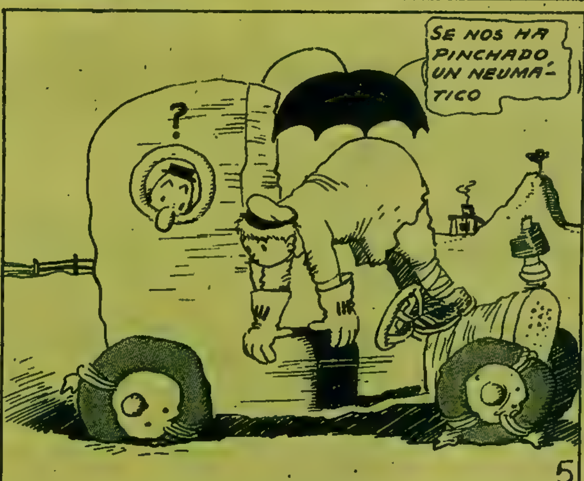
GARABITO, "CHAUFFEUR"

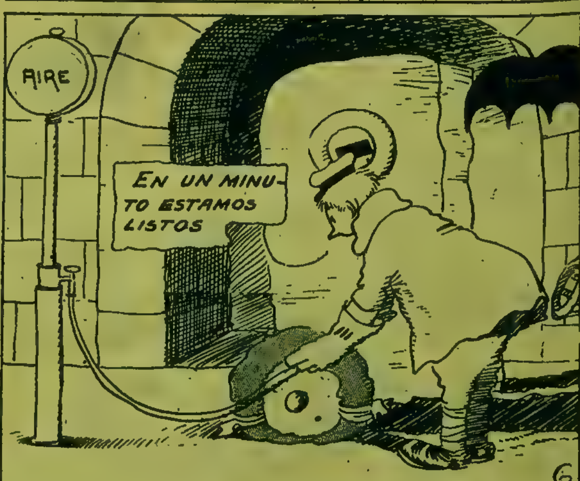






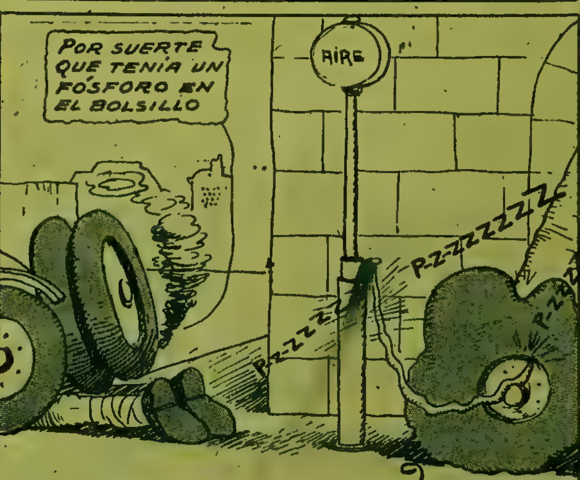






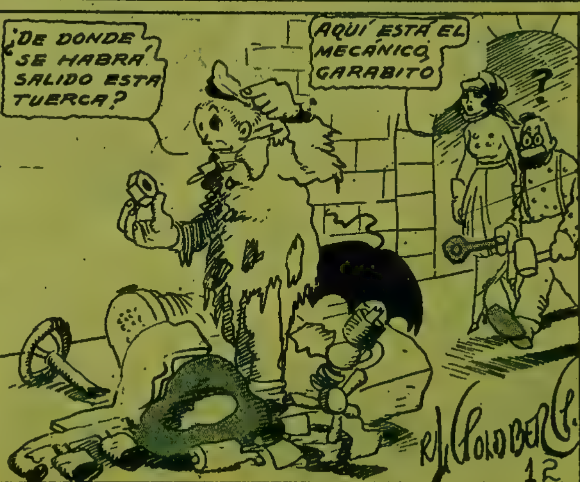












La sombra de la abuela

Llevando en la mano derecha el cabo le un rebenque y en la izquierda la lonja del mismo, llegó el muchacho, al azar, al rancho del viejo Martín, y preguntó:

—¿No me podrían arreglar este rebenque?

Una viejita, menuda y endeble, mirando al chico largamente, le preguntó a su vez:

—¿De quién eres, m'hijito?

Contestó con el nombre de sus padres, y la vieja entonces, haciendo de sus manos sarmentosas una bocina sonora, gritó con vocecilla temblequeante:

—¡Vení, Martín, que está aquí el nieto de la patrona!

Y Martín, que hacía abrevar no lejos del rancho una pequeña majada de ovejas para enveredarlas después al monte, voceó solícito:

—¡Allá voy!

Y volvió a grandes pasos hacia el rancho.

Era un viejo de elevada estatura, de recia complexión y de afable rostro.

También él miró al muchacho con una detenida curiosidad llena de interés.

—No me conoce, ¿verdad?—le dijo.—Yo fuí peón muchos años en casa de su abuelita, cuando ella era moza y linda como una flor... ¡Y tenía tanto de linda como de buena!... ¡Ni la misma miel le ganaba a dulce, ni a inocente la paloma!...

Y el viejo se puso a mirar al espacio con un guiño pertinaz en sus ojos grises, como avezado marino que interroga un horizonte lejano.

Debió tomar cuerpo la imagen que nuestro hombre perseguía en el mar de sus recuerdos, porque absorto y estático comenzó a sonreir.

El muchacho miró de aquel lado y no vió más que la montaña y el cielo.

Pero Martín, engolfado en su obsesión peregrina, se quitó el mugriento chambergo y musitó unas frases fervorosas, ininteligibles, a manera de plegaria o salutación.

Había resucitado delante de él la bella figura de la patroncita con sus admirables ojos negros y su cara blanca de raso. Le sonreía con un encanto que jamás había visto en sonrisa de otra mujer; le tendía las manos marfileñas, las aristocráticas manos adorables, portadoras siempre de una merced... Martín estaba fascinado con aquella visión maravillosa, hija de su fantasía robusta, poco gastada en quimeras pueriles.

El muchacho creyó que el viejo chocheaba y un poco turbado volvió a preguntar:

—¿No me podrían arreglar este rebenque?

Despertó Martín de su ensueño con un gran suspiro, hondo y doliente. ¡La gentil visión le había dejado turbios de lágrimas los ojos!

Se los enjugó con el dorso de la manaza callosa y se encaró con el asombrado chico:

—¿Que le arregle el rebenque, dice? ¡Y cómo no, hijito! Se lo voy a arreglar con mil amores, y pídale al viejo Martín lo que en su pobreza pueda darle, porque a eso y más estoy obligado en memoria de la santa mujer que fué la abuelita de usted.

Había una emoción ardiente en la voz opaca del viejo, que con blandos acentos empezó a contar al niño hechos amables de la señora tan cariñosamente recordada.

Hablaba con largas pausas, buscando palabras y detalles con cuidado exquisito, como quien revuelve con esmero reliquias amadas que el tiempo han hecho frágiles y que pueden quebrarse al menor descuido.

Se olvidó Martín de las ovejas que caminaban solas hacia el monte. Tenía en las manos el rebenque y poco a poco iba uniendo las dos piezas separadas. A menudo se volvía a mirar de aquel lado donde entre la montaña y el cielo había sonreído con obsesa ilusión a una cara blanca, de raso, y a unos endrinos ojos admirables.

Evocó ante el nieto algunas páginas de aquellos felices años en que, mozo fornido y audaz, trabajaba en la estancia de la abuela, unas veces de peón y otras de pastor, pues nunca hizo remilgos ni observaciones por esta o la otra ocupación.

En uno de aquellos claros días de juventud alegre, Martín, pastoreando hacienda en el monte, bajó a un canal con el hacha al hombro para cortar un poco de leña con que calentarse en el alto invernal donde dormía. Oyó de pronto gritos angustiosos, gritos de terror, y vió aparecer a la patroncita, a la abuela del nene, demudada y pálida, reflejado en su semblante indescriptible pánico. Al propio tiempo sintió el medroso ronquido de un extraño resuello, encontrándose, de manos a boca, con tres pumas. Dos de esos animales, dando un gran respingo, echaron monte arriba, pero el otro lo miró con ojos centelleantes y se le fué acercando amenazador. Martín, entonces, levantó el hacha, descargó un certero golpe y la fiera rodó con la cabeza partida, cayendo a los pies de la patroncita. La recompensa fué una buena cantidad de pesos y un apretón de manos de la señora. ¡De los pesos no se había vuelto a acordar para nada!

El viejo Martín enmudeció sumido en el recuerdo de aquella hazaña y de aquel apretón de las adorables manos; portadoras siempre de una merced.

El rebenque estaba ya prolijamente arreglado y Martín hizo una negativa rotunda y expresiva al movimiento del niño, que le ofrecía unas monedas.

Se despidió el muchacho y el viejo lo acompañó hasta el recodo del camino con las protestas de su firme gratitud.

—¡Ya lo sabe, m'hijito! En lo que pueda, aquí está Martín para servirlo.

El chico llevó a su casa la impresión de esta breve aventura tocada de lealtad y de candor, y la casa se calentó aquel día más que otros con el santo recuerdo de la abuela, de aquella abuela dulce como la miel y cándida como la paloma, que se hizo amar de los humildes, atrayéndolos con la magia de sus virtudes, y que en los más rudos corazones supo dejar una memoria imborrable.

Roberto BUENO.

RADIOTELEFONIA



Un programa Wagneriano para iniciados.



La musa argentina

¿Y...?

"Je dis ce que mon cœur, ce que mon mal me dit."

Etienne de la Boetie.

¿Qué ser invisible, monótonamente
vuelca en mis oídos su interrogación;
y persiste impío en turbar la fuente
límpida y serena de mi corazón?

¿Logrará algún día con su arte hechicera
un divino mago ahuyentar de mí,
esa voz que enciende la fatal hoguera
de mi desventura con su eterno: "¿Y?"...

Por sendas de ensueño marché sin descanso
cultivé las suaves flores del amor
y ante la perfidia, dulcemente manso,
jamás en mi pecho se albergó el rencor.

Tuve un ansia enorme de sabiduría
y sacié en mil libros mi loca inquietud,
leí tanto, tanto, que esta fiebre mía
marchitó las rosas de mi juventud.

Puse en mis acciones toda mi ternura
y sin inquietarme nunca el "que dirán",
un hermano mío vi en toda criatura
y con mis hermanos repartí mi pan.

Y a pesar de todo persistente suena,
suena en mis oídos la interrogación,
turbando mi fuente límpida y serena
el zarzaganillo de la desazón.

¿Será sempiterna la voz que me hostiga?
¿Será sempiterna?—dímelo zahorí—
y la voz monótona, la voz enemiga
implacablemente me responde: "¿Y...?"

ISRAEL ZEITLIN.

FUIMOS DOS MISERIAS

I

Fuimos dos miserias que nos encontramos
por un mal destino que no presentimos,
y aunque puramente mucho nos quisimos
fuimos dos miserias que nos engañamos.

Hoy que amargamente, tristes desandamos
la florida senda que ayer recorrimos,
más pobre que nunca, solos nos sentimos
y nos alejamos... y nos olvidamos!...

Y mañana, acaso, nos encontraremos
por la misma senda que hoy abandonamos;
y es fácil, muy fácil que ni nos miremos

porque olvidadizos somos los que amamos,
cuando sin pensarlo, dichosos nos vemos
gloriando una vida que jamás soñamos.

II

Hoy; con la certidumbre que te he perdido.
desbordante la copa, levanto el brazo;
y bebo lentamente, mientras repaso
todos nuestros recuerdos, sobre tu olvido.

De las sendas floridas que he recorrido
no queda ni una yarda para mi paso:
y así, todo derrota, soy un pedazo
de humanidad sin vida; ¡soy un vencido!

...La copa desbordante; gime la orquesta
una música extraña: canta la fiesta
de la vida dichosa, por la ciudad.

Y mientras el ambiente perfuma gloria,
pasan los funerales de nuestra historia
entre flores y sombras de soledad.

RICARDO M. LLANES.

LA AZUCENA

Azucena: eres símbolo sagrado de esponsales
y perfumas la diestra de santos y de vírgenes;
pareces pensativa de ser pálida y suave
y de ser tan desnuda, como la estrella triste.

En ti duerme el ensueño callado de la impúber
y un aroma de tierna melancolía exhalas
y de ti, milagrosa de anunciaciones, fluye
la presencia invisible pero inmortal de un alma.

Eres flor de milagro. San José el carpintero
contemplaba una tarde nacer a las estrellas:
sus ojos se inundaron de luz astral y vieron
sus manos florecidas de níveas azucenas...

Eres blanca, eres suave: nos evocas la espuma.
Eres triste, eres simple: tu la nieve recuerdas.
Tu luz es luz divina que las sienes alumbra
del santo que predica, del lírico que sueña...

Y en ti, como en el fondo de una copa encantada
tu esencia nos evoca la mujer adorada...

MARTÍN DE BERUTI.

LA BUENA PALABRA

Y se fué sin decirme la palabra,
que debió bosquejarse a flor de labio...
Se fué sin darme la caricia sana
de la frase sonriente y del vocablo
rítmico como el eco de una fuente,
sutil como la nota de un lejano
y mágico violín del viejo oriente.

Y se fué sin decirme la palabra
que tuviera virtud de hacerme bueno,
y la indecible magia
de juntar nuestras almas allá lejos...
Enfermo de tristeza y con "spleen",
el rosal interior de la esperanza
se irá conmigo, cuando llegue abril.

EVARISTO FREYRE.

COMO LAS ROSAS

Que efímera es la belleza
de nuestros bellos rosales.
las rosas que florecieron
ya empiezan a deshojarse.

Y así como nuestras rosas
que se mueren lentamente
nuestras vidas poco a poco
precipítanse a la muerte.

LUIS BELTRÁN CASSAGNE.

LA PEREZA

Soñolienta, incapaz, pausada, errante
y sin preocupación, nada de vida;
plaga absorbente para el mal nacida:
ojos vendados a la luz radiante.

Germen nacido en vida palpitante,
prolongado dormir, eterna herida
que a una fuerza inactiva se halla unida:
la impotencia fatal marcha adelante!

La impotencia fatal marcha consigo,
enemigo de Dios, es enemigo
de sí mismo, y de todo aquello humano;

vive y se agita para ser más grave,
como una abandonada y vieja nave
que la azotan las olas del océano!

JUAN B. VITAL.

Los jóvenes argentinos deben aspirar

Nada sería más funesto para el triunfo del país y de la raza, y para el éxito individual, que los jóvenes argentinos temiesen concebir aspiraciones, por desmesuradas e insensatas que parezcan. Si se trata de verdaderas aspiraciones, si no son sueños fantásticos de la imaginación, si se trata de cosas humanamente posibles y actualmente realizables por otros hombres, nunca serán desmesuradas ni insensatas, y el realizarlas será una cuestión de tiempo, de paciencia, de tacto, de método, de energía y de perseverancia. Sería un desatino que un joven alumno del Colegio Militar se propusiese ser mañana un Napoleón. Esto sería soñar. Pero no sería ningún desatino que un muchacho de un salón de lustrar calzado se propusiese escalar un día la presidencia de la república. Por el momento está tan lejos de ella como se pueda concebir. Pero ese pobre muchacho puede cultivar su intelecto e ingresar mañana en la carrera política. Demóstenes, que era tartamudo, llegó a ser el más elocuente orador de su época. ¿Qué impide entonces que ese muchacho llegue a ser, a la vuelta de pocos años, un notable orador político? Pues bien, desde ese momento sus aspiraciones políticas tendrán un principio de realización. Si no llega a realizarlas por completo, será porque haya otros más preparados, más hábiles y más tenaces que él. Será porque él haya descuidado el superar a sus competidores. Si él lucha con serenidad, con clarovidencia y con energía, tiene tantas probabilidades como el mejor de todos.

Decimos la presidencia de la república, pero sólo a título de ejemplo, y porque en el sentimiento vulgar ese es el punto máximo que pueden alcanzar las aspiraciones de un argentino. Pero lo que queremos decir realmente, es que nadie está obligado a conformarse con su suerte, y que el más pobre y el más humilde de los argentinos, mientras esté dotado de condiciones de inteligencia y de carácter, puede muy bien aspirar a salir de su condición, y escalar sucesivamente alturas cada vez más elevadas. Los que proponiéndoselo no lo consiguen, son los que fían a la suerte, al azar, a la lotería de la vida, lo que debieran fiar a su propio esfuerzo. La suerte, el azar, la lotería de la vida, no son factores despreciables, pero los hombres que luchan son los que tienen mayores probabilidades de que esas coyunturas vengan en su ayuda, y sobre todo, son los que mejor las aprovechan y explotan.

Hay en nuestro país hombres que parece que quisieran desalentar a la juventud. No vayáis a la Universidad ni a la Escuela Normal, dicen. Aprended oficios, sed dependientes de comercio, dedicáos a la agricultura. Muchos que empezaron durmiendo encima del mostrador llegaron a ser reyes de las finanzas, y muchos que empezaron labrando la tierra con rudimentarios elementos, llegaron a ser grandes chacareros o estancieros. Pero se necesita menos carácter para resignarse a dormir sobre un mostrador o cavar la tierra, que para emprender, sin un centavo en el bolsillo, el estudio de una carrera. Si un joven argentino tiene vocación por una carrera universitaria, y si está dotado de carácter, es menester que no desperdicie su vocación intelectual ni sus cualidades morales. Estudie, y luche. Y tenga la seguridad de que en la competencia estudiantil primero, y en la competencia científica y profesional después, triunfará sobre la multitud de los que no estudian sino porque su familia tiene dinero para costearles la carrera.

Encontramos muy bien, siempre que esto responda a las verdaderas condiciones industriales y comerciales del país, aconsejar a la juventud que busque su porvenir en el comercio, la industria o la agricultura. Pero, esto: su porvenir, y no solamente el pan de cada día. Hay que luchar por algo más, por mucho más, que el pan de cada día. Pero si encontramos eso muy bien siempre que así se entienda, no vemos la necesidad de desanimar a aquellos cuya vocación es distinta. ¿Por qué decirles que hay demasiados médicos o demasiados abogados? Esta consideración sólo es buena para los mediocres, para los hombres del montón. Para los que descuellen en la abogacía o la medicina, nunca habrá demasiados médicos ni demasiados abogados. Al más humilde muchacho que aspire a ser médico o abogado—lo cual no es una aspiración desmesurada—hay que decirle que sí, que lo sea, pero que se esfuerce en ser el mejor entre sus colegas. Los que lo desanimen no le darán nada en cambio de las cosas a que él renuncie.

INJUSTICIA DE LOS JURADOS



Un artista rechazado del salón vuelve a su taller con su obra maestra: "Desesperación".

Empleo singular

Alejandro, el emperador de Rusia, hacía que le acompañase durante todas sus campañas y sus largos y numerosos viajes, un empleado cuyo único encargo era cortarle las plumas. Este artista, armado con un arsenal de cortaplumas y un considerable repuesto de plumas, debía tener constantemente un centenar de ellas cortadas a disposición del emperador; y esto no era más que lo precisamente necesario, pues el autócrata jamás usaba dos veces la misma pluma, aunque no hiciese sencillamente más que firmar. Esta máquina viviente conservó su empleo durante todo el reinado de Alejandro.



La página de los lectores



Hacemos saber a los colaboradores de esta sección que en lo sucesivo no será tenida en cuenta ninguna colaboración personal que se nos remita, desde que esta página no fué creada para mantener correspondencia amorosa entre los lectores, sino para que éstos puedan expresar en sus columnas cuáles son sus ideales, sus aspiraciones y qué puede constituir la felicidad de una persona.

¿Cuál es en mi concepto la mujer ideal?

Mi ideal lo constituiría una rubia de cabellos como el sol, ojos como el firmamento, labios rojos como el penacho de un cardenal, mejillas de rosa, y que además supiera amar a este corazón que sufre.—*J. C. C.*, el rosarino.

El ideal de mujer que se ha forjado mi mente es una morochita alta, que usa lentes de carey y de la que estoy perdidamente enamorado. — *Esperanzado.*

¿Mi ideal? La rubia de blonda cabellera, a quien amo con las fuerzas de mi primer amor.—*Ojazos negros.*

¿Mi ideal? Es muy sencillo; no quisiera una mujercita rica, sino pobre, que deteste el baile, el cine y otras atracciones que lejos de divertir sirven para pervertir la juventud; pero eso sí, que sepa amar a quien ha de ser su fiel compañero.—*Joven que espera.*

Mi ideal lo constituye una simpática morochita amante de la música, que con su tierna mirada ha sabido cautivar mi joven corazón.—*Camilo L.*

Mi ideal lo constituye una hermosa rubia de mirar profundo y labios tentadores, que usa melena y que es amante de la música.—*Uno que vive para ti.*

Mi ideal es una joven alta, rubia, de ojos verdes, simpática y encantadora. —*Rubio Garmense.*

Mi ideal lo constituye una hermosa chica de unas 19 primaveras.—*Un rubio de las violetas.*

Es mi sueño dorado una rubia que hace latir con intensa violencia mi corazón, pues su conversación agradable y su manera de andar me transportan a un paraíso ideal.—*H. Fonógrafo.*

¿Mi ideal? Lo hallé casualmente el 29 de mayo.—*El del sweater gris.*

Mi ideal lo constituye una linda morochita de melenita, que tiene un modo de hablar muy dulce.—*L. Cervera.*

Mi ideal lo constituye una rubia que no sea ni alta ni baja, pero que le guste la música.—*Morocho J. C.*

Es una atrayente morochita de 26 años, que usa melenita y posee un par de ojitos negros y hermosos como de azabache, con los cuales supo cautivar mi corazón.—*El chico del Studebaker.*

Mi primero y único ideal lo constituye una encantadora rubia, de unos ojos que parecen reflejar un inmenso mar. —*Milsson.*

Lindo tipo, pelo rubio, gran imaginación; temperamento soñador, agradable voz y espíritu de sacrificio. Tal es a grandes rasgos expresado el ideal de mujer que haría encender en mi corazón un fuego amoroso tan inmenso, que me inmunizaría aún contra el mismo fuego del infierno.—*A. F.*, Lanús.

El único ideal de mi corazón es una hermosa chica de 19 primaveras.—*Juninense enamorado.*

Mi ideal ya lo he encontrado. Lo constituye una joven y sensata morocha, de mirar dulce y expresivo. —*J. C. O.*

Mi ideal es una simpática chica. Su espíritu jovial, la sonrisa de sus labios y sus ojos de mirar profundo, cautivaron mi corazón.—*Ilusionado.*

El primero y único ideal de mi vida lo constituye una simpática rubia de 26 años, de ojos azules claros, cabello ondeado y regular estatura.—*Un morocho enamorado.*

¿Cuál sería mi mayor felicidad?

Mi mayor felicidad consistiría en ser correspondida por aquel simpático que con sus miradas supo despertar en mi las ansias del primer amor.—*Ojos que nunca dejan de mirarlo.*

Mi única felicidad sería tener un piano y concluir pronto mis estudios.—*Chonne.*

Bien sabe la simpática y preciosa morochita a quien tanto amo, cuál sería mi mayor felicidad. Prefiero verme sufrir cuando con un "sí" haría de mí el hombre más dichoso.—*P. P. Gasolina.*

Mi mayor felicidad sería que la chica rubia que amo con locura me correspondiera en la misma forma.—*A. E. M.*

Mi única y mayor felicidad sería ser correspondido por una chica rubia de ojos azules.—*El rubio Lewis.*

Mi mayor felicidad sería ser correspondido por una chica a quien amo en silencio con toda el alma.—*M. V. (h.).*

Mi mayor felicidad sería ver nuevamente a la diminuta chica que conocí en las pasadas vacaciones, para así volver a abismarme en la noche de sus ojos.—*Juan Carlos.*

Mi mayor felicidad consistiría en volver a ver a aquel joven que con su graciosa indiferencia supo conquistar mi simpatía.—*Una arequitense de ojos negros.*

Mi mayor felicidad sería poder amar a una simpática morochita, de cabello negro y ojos azules.—*Un vecinito de V. del Parque.*

Mi mayor felicidad sería ser correspondido por la simpática rubia a la que tanto amo.—*El negro.*

Mi mayor y única felicidad consistiría en que un joven correspondiera al inmenso cariño que le profeso, y jamás abandonara a su—*Nena*, Mendoza.

Mi mayor felicidad sería que el joven que amo dejase a un lado su orgullo y volviera de nuevo a mi lado, y así vería lo grande que es mi cariño.—*Victoria C.*

Mi mayor felicidad consistiría en ser correspondida por un simpático rubio de ojos negros, que sea amante del cine y de las flores.—*Morocha de Espinosa.*

Mi mayor felicidad sería saber si el joven aquel de los ojos negros, de mirar cariñoso, me tiene siquiera un poquito de simpatía.—*Ojos castaños.*

Mi mayor felicidad sería que la fiatita de quien yo estoy locamente enamorado y que me juró amor eterno, no me olvidara nunca.—*Raúl.*

Mi mayor felicidad sería que los Reyes Magos me trajeran a mi adorado, y lo pusieran en mis chinelas el día de mi cumpleaños como obsequio de Cupido.—*Una marcospacera.*

Mi mayor felicidad sería encontrar un trabajo en que ganara mucho dinero para hacernos, yo y mi hermanita, muchos trajes.—*Pa que rabien las mujeres.*

Mi mayor felicidad sería poder manifestar mis más puros sentimientos a una rubiecita de 26 primaveras a quien amo.—*C. A. S.*

Mi mayor felicidad sería poder arrancar de mi mente la imagen de ese ingrato, que con su indiferencia me destrozó el corazón.—*Avenida San Martín.*

Mi mayor felicidad sería que el simpático morochito que amo no sea tan frío y indiferente conmigo.—*Morocha P.*

Mi mayor felicidad consistiría en saber si un simpático chico cumpliría fielmente su palabra.—*4 años de espera.*

Mi mayor felicidad sería que una simpática joven, rubia, que conocí una vez, me amara eternamente.—*Fco. S.*

Mi mayor felicidad sería saber si el joven de quien estoy enamorada no me olvidará.—*Amelia.*

Mi mayor felicidad consistiría en que el joven que quiero ser correspondido por mí, y que ha cautivado mi corazón, espere a que termine mis estudios normales.—*Lunarcito.*

Mi mayor felicidad sería que la simpática chica que conocí en un baile me correspondiera, para formar con ella el nido de mis amores.—*Simpático morocho.*

Mi mayor felicidad estribaría en ser nuevamente correspondida por aquel rosarino de 26 abriles.—*Zafir que sufre.*

Mi mayor felicidad sería saber si la morocha a quien tanto amo me quiere como yo la quiero.—*Rubio del cine J. P.*

Las colaboraciones para esta página no deben contener más de cincuenta palabras, y sólo se publicarán las que se juzguen de interés.
Diríjanse bajo sobre a la siguiente dirección: MUNDO ARGENTINO.—"La página de los lectores"—Maipú 393—Buenos Aires.

Otra vez la cuestión de los cambios

Otra vez la cuestión de los cambios ha agitado a la opinión, y otra vez se ha hecho la pregunta de si convendría o no reabrir la Caja de Conversión y permitir la libre exportación de oro.

Es exacto que estando la Caja de Conversión abierta y permitiéndose la libre exportación de oro, el cambio se mantendría a la par. Pero, ¿durante cuánto tiempo? Sólo durante el tiempo en que hubiese oro para exportar. Es decir, ni tanto ni mucho menos: tan pronto como el público viese mermar sensiblemente la existencia de oro de la Caja de Conversión, vendría una grita por el retorno al régimen de la clausura. ¡Basta de normalidad!, dirían. ¡Volvamos a la anormalidad!

En las actuales circunstancias, el régimen de la normalidad, con ser teóricamente el bueno, es difícil de defender. Hace tres o cuatro años que nuestro cambio se mantiene depreciado. Quiere esto decir que para mantenerlo a la par, desde hace tres o cuatro años hubiéramos tenido que exportar oro todos los años. ¿A cuánto ascenderían las sumas exportados desde entonces? ¿Cuánto quedaría en la Caja de Conversión? ¿Desde qué momento la grita popular no hubiera exigido la clausura de la Caja?

Por otro lado, hay que tener en cuenta nuestro régimen monetario. Para exportar un peso oro del país, es menester retirar de la circulación $ 2.27 papel. De manera que no se puede exportar oro indefinidamente, pues el pago de salarios y las transacciones diversas exigen cierta cantidad de medio circulante. En nuestro país, donde sólo el comercio y los hombres de fortuna hacen uso del cheque, esa necesidad es mucho mayor que en otras partes.

Por lo tanto, no se puede pensar en una considerable exportación de oro sin tener lista la reforma del régimen monetario. Nosotros ya hemos dicho que hay una manera segura de efectuar esta reforma, emitiendo papel garantizado con exceso—pues habría de ser con exceso—por la cédula hipotecaria. Pero no basta conque nosotros lo digamos. Lo más seguro es que la reforma consistiese en pasar de nuestro sistema al sistema fiduciario propiamente dicho, por el cual se autorizase la emisión de papel en mayor cantidad que el oro que lo garantizase. Este sistema sería muy peligroso en nuestro país, pues estaríamos expuestos a que se cayese en el abuso emisionista.

Considerando las verdaderas causas de la depreciación del cambio argentino, la exportación de oro sería un recurso inferior. Mantendría el cambio a la par —mientras la exportación durase—pero sin por eso eliminar las causas de la depreciación del cambio. ¿Cuáles son estas causas? Un déficit de la producción nacional, sea en cantidad, sea en calidad, sea en valor. Lo que el país exporta no es suficiente, sea en cantidad, sea en calidad, sea en valor, sea por dos de estos conceptos o por los tres, para pagar al extranjero todo lo que el país tiene que pagarle en el año: importaciones, dividendos, servicio de la deuda, etc. Este déficit de la producción, o de la exportación nacional, no se remedia exportando oro. Si el país produjese este metal, como lo produce el Africa del Sud, entonces sí, porque entonces el oro sería producción nacional. Pero no lo produce. Y la única manera de normalizar la balanza del país es poner la producción o las exportaciones del año a la altura de lo que el país debe pagar.

En este asunto del cambio argentino, lo más probable es que no se remedie nada mientras la economía del país no traiga de suyo el remedio. Lo mejor, pues, es aprovechar sus enseñanzas. Oímos decir, por ejemplo, que el pago de dividendos al capital extranjero insume tantos millones que basta eso para desequilibrar nuestra balanza. Sea, pues, una preocupación del gobierno la protección al capital nacional. Según ya lo hemos dicho tratando expresamente el asunto, nuestro régimen de impuestos es expoliatorio del capital. Recuérdese el ejemplo que pusimos del paquete de cigarrillos. ¿Qué capital se necesita para producir un paquete de cigarrillos de 30 centavos? ¿Cinco, ocho, diez centavos? Pero como el paquete debe llevar una estampilla de diez centavos, resulta que en lugar de cinco, ocho o diez, serán quince, dieciocho o veinte. Todo lo que sea cobrar impuestos o patentes antes de negociado el artículo, es hacer una confiscación de capital. El impuesto nunca debe recaer sobre el capital, sino sobre la renta que haya producido. Lo contrario es sofocar el desarrollo de los capitales.

CONFUSIÓN LAMENTABLE



—Me estás pisoteando el pie, Jorgito.
—¡Ay, disculpa, querida! Pensaba que era el acelerador.

En busca de estrellas

Hasta hace poco, el telescopio más potente existía en Monte Wilson (California) y tenía 2.500 centímetros de diámetro; pero en Canadá se ha terminado la construcción de un telescopio que cuenta tres metros y cuyo espejo se ha tardado cuatro años en pulimentar.

Será colocado en el observatorio de la costa del Pacífico (Columbia británica), y a través del mismo pueden verse las estrellas 300.000 veces más brillantes que a simple vista.

El número de estrellas que alcanza a verse por este telescopio es 490 millones de veces mayor que por cualquier otro.

Macanitas

APARICIÓN

Soñaba yo con tener
plata y honores un día,
y ante mí, mientras dormía,
se apareció una mujer
(mujer que difícilmente
se encontrará otra tan bella
en este mundo) y con ella
tuve el diálogo siguiente:
—¡Salud, mortal!
—¡Qué mujer!
—Llegó tu voz a mi oído
y a socorrerte he venido
volando
—¡Tanto placer!
Mas ¿con quién tengo el honor
de hablar en este momento?
¿Eres, acaso el talento?
—Soy algo mucho mejor.
Me encontraba en el Edén
de Dotes intelectuales,
donde, por mis especiales
méritos vivo también.
De hacer un negocio urgente
yo del mundo regresaba,
el Talento descansaba
roncando tranquilamente,
cuando tus gritos extraños
movieron la piedad mía.
—¡Cómo! ¿El Talento dormía?
—Duerme hace ya muchos años.
—¡No sabes cuánto lo siento!
—¿Que duerma el talento?
—Sí.
—No te importe; para ti
yo valgo más que el talento.
"¡Yo quiero plata y honores!"
Pediste con voz potente,
y para eso, justamente,
mis servicios son mejores
que los del Talento. Plata
no da la Sabiduría,
y honores... después del día
que el sabio estira la pata.
El Talento, a tu llamado,
exclamó: ¿Quién será el necio
que me llama? Y con desprecio
se volvió del otro lado.
—¿De veras?
—Capacidad,
sabiduría, prudencia,
ingenio, magín, paciencia,
inventiva, habilidad...
¿Piensas, acaso, que alguna
puede darte lo que quieres
como yo?
—Pero ¿quién eres?
—¿No adivinas?
—¿La Fortuna?
—¿Yo la Fortuna? ¡Estás loco!
Esa suele dar bastante;
pero jamás es constante,
y lo que da dura poco.
Escucha lo que te digo:
Soy el Exito, la Suerte,
y triunfará hasta la muerte
el que me lleve consigo.
Es tan grande mi eficacia
que yo no fallo jamás.
—Voy comprendiendo, serás
un diablillo.
—Soy la Audacia.
Esa soy yo; la osadía,
el valor, la intrepidez,
lo que da empuje, altivez,
decisión y bizarría.
Yo soy la resolución
y para que el hombre venza
le hago perder la vergüenza,
el miedo y la educación.
El talento y la cordura
no sirven para vencer
en esta vida. Hay que ser...
—Ya comprendo: un caradura.

El fantasma se esfumó
perdiéndose en el vacío.
y yo murmuré: ¡Dios mío!
¿Por qué no seré así yo?

EXCEPCIÓN DE UN REFRÁN

Era don Efigenio Travesura
un inventor notable, un sabio, un genio;
y era un hombre además, don Efigenio,
de muy buena figura.
Mas, trabajando un día en el invento
de un sol artificial que relevase
al verdadero sol y que inundase
por la noche, de luz, el firmamento,
explotaron los rayos encendidos
que tenía escondidos
en un baúl hacía cuatro días
y el genio resultó con averías
en la cara y en todos los sentidos.
Al cabo de un quinquenio,
idiota se murió don Efigenio
con el rostro, que fué tan agraciado,
por los rayos del sol desfigurado.
Y el pobre Travesura,
de tan buena figura y tanto genio,
no pudo conservar "genio y figura
hasta la sepultura".

TARDO DE OÍDO

¡Sí será Pablo Pinocho
tardo de oído el pobrete
que va a la iglesia a las ocho
y "oye" la misa de siete!

¡ASÍ, SÍ!

Sabrás que el amigo Almada,
(ayer Andrés me decía)
ahora vive en armonía
con su suegra y su cuñada.
¡No mientas! (le dije a Andrés)
y él agregó este detalle:
Digo que vive en la calle
Armonía ciento tres.

UN FRESCO

A su esposa María, Segismundo,
borracho, jugador, vicioso inmundo,
asesinó después de una pelea,
y estando el asesino en la tarea
de cerrar un baúl mundo en el que [había
colocado los restos de María,
lo sorprendió un agente
que penetró en la casa de repente,
ansioso de inquirir lo que ocurría.
Vió Segismundo que era una sim- [pleza
darse preso por una tontería,
y esgrimiendo el revólver que tenía
le introdujo una bala en la cabeza
al agente infeliz de policía.
Después, con gran cachaza, Segis- [mundo
en el mundo también metió al agente
mientras que recitaba frescamente:
¡Que haya un cadáver más, qué im- [porta al "mundo"!

PRENDAS DE VESTIR

EL SOBRETODO

(Monólogo)

Tengo, desde que nací,
no un nombre sino un apodo.
Me llaman el sobretodo
y todo cae sobre mí.
Es justo que yo me queje,
aunque no lo hice jamás.
Yo protejo a los demás
y a mí nadie me protege.
Ni el saco ni el pantalón
ni otras prendas de vestir
conocen lo que es sufrir,
gracias a mi protección.
Yo, contra el tiempo inclemente,
les resguardo y los socorro
con mi tela y con mi forro,
cubriéndolos totalmente.
¡Hasta el más humilde andrajo
que lleve cualquier mendigo
se abriga, si va conmigo,
por arriba y por abajo.
Yo el frío he de padecer
y si garúa, si llueve,
si graniza, si cae nieve...
¡sobre mí viene a caer!
Agua que cae de un balcón
cuando riegan una planta
o... de un pibe que no aguanta
para mejor ocasión;
un gato de una azotea,
los restos de algún festín,
de una cocina el hollín
o la misma chimenea,
la tierra de alguna alfombra,
todo, en fin, cuanto lastima
o ensucia, se viene encima
de mí por mi mala sombra.
Yo a los ternos los abrigo
y les colmo de mercedes.
En cambio, ¿saben ustedes
cómo se portan conmigo?
Con desconsideración
todo el forro me destrozan
de tanto como me rozan
en las mangas y el faldón...
Esto me tiene afligido
y, pues que yo los socorro,
¡que... me respeten el forro
es lo único que les pido!

José M. SIERRA.

Fraternidad

Eran las dos y media de la madrugada, una cálida madrugada de primavera, cuando Ricardo Eguiz, oprimido por una angustia indecible que lo torturaba, impidiéndole respirar, abrió la celosía del balcón, respirando a plenos pulmones el aire fresco, cargado de los rumores de la vida nocturna de la ciudad inmensa.

Su mirada se extendió a lo largo de la calle. A lo lejos se movían de un lado a otro, llenos de una actividad misteriosa, apareciendo y desapareciendo rápidamente, los focos de los automóviles, que parecían, a la distancia, enormes linternas manejadas por gigantes invisibles. Eguiz permaneció largo rato con la mirada fija en la fantástica caravana de luces lejanas, saboreando con cierta fruición dolorosa el espectáculo de aquella vida febril, en la que el placer enfermizo del momento ahogaba la ansiedad del vivir cotidiano. Después, entornando otra vez la celosía, Eguiz penetró a la habitación, dirigiéndose a su escritorio lleno de libros, y encima del cual un Cristo de bronce labrado, regalo de sus ancianos padres que vivían en Córdoba, su solar nativo, parecía dormitar, con la cabeza inclinada, bajo el fulgor un poco agresivo de la lamparilla eléctrica que pendía sobre el escritorio, encima del cual un papel blanco, surcado por líneas de palabras de letras menudas y un poco alargadas, y dos cartas cerradas luciendo con marcados caracteres las direcciones respectivas, destacaban su blancura sobre la superficie lisa y reluciente.

Con el rostro pálido y los labios temblándole ligeramente, Eguiz abrió el cajón del centro del escritorio y sacó de él un revólver que brilló en su mano con un relámpago frío. Lo contempló un momento, mientras una sonrisa amarga plegó la comisura de sus labios finos y en ese instante un ruido leve que venía de la entrada de la habitación, llegó a sus oídos. Eguiz se volvió, inquiriendo con la mirada, pero sus ojos no lograron descubrir nada en la penumbra que envolvía el resto de la estancia y convencido de que se había engañado, su mano volvió a oprimir el mango del arma con un movimiento nervioso. Lentamente y cerrando los ojos la acercó a su sien derecha; un segundo más e iría hacia el descanso definitivo. En ese instante una mano oprimió la suya vigorosamente, impidiéndole hacer funcionar el disparador, y se volvió estupefacto. A su lado, de pie, Carlos Sandoval, su amigo y compañero de vivienda, lo envolvía en una severa mirada de interrogación que penetró hasta el fondo de su corazón como un estilete sutil.

—¿Qué ibas a hacer?—interrogó a Eguiz, con voz serena y reposada.

—Ya lo ves—respondió éste como un soplo.

Se produjo un silencio, durante el cual, Sandoval dirigió su vista al escritorio, deteniéndola sobre el papel que estaba abierto ante sus ojos y leyó: "...y es necesario que nos separemos"... Sandoval comprendió.

—Querías morir...—dijo.

—Sí...—respondió como un suspiro Eguiz.— ¡Sufro mucho!...

El rostro de Sandoval adquirió una expresión de compasión profunda y grave.

—¡Y tú crees que la muerte te sustraerá a este gran dolor! Es lógico. Pero, ¿estás muy seguro de ello? ¿Estás seguro que después que tu cerebro vuele deshecho por la bala de ese revólver, todo ha de acabar para ti?

Eguiz lo miró en silencio. Sandoval continuó:

—Hablas de dolor... Quieres huir al primer latigazo de la vida... ¡Ah, pero querido mío! No vivas tanto en ti, vive también un poco en los demás. Mira a tu alrededor y verás reflejado en todos los rostros también la inmensa fatiga de vivir, la eterna ley del sufrimiento humano, que no puede ser y no será jamás burlada, a pesar de todos los revólveres!...



... se acercó y miró a su amigo.

Sandoval comenzó a pasearse lentamente por la habitación.

—Quieres morir porque sufres, pero, ¿qué es tu sufrimiento frente al grande, al infinito sufrimiento universal? En este momento, en toda la tierra y más lejos aún, fuera de ella, en el misterio insondable de los astros mismos, cuya luz tarda millares de años en ser percibida por nuestros ojos, la ola corre llenándolo todo, y allí, otros seres constituídos quizá a semejanza nuestra, sufren también el gran dolor universal que elabora continuamente el advenimiento de la paz futura.

La voz de Sandoval temblaba ligeramente agitada por la emoción. Después, deteniéndose frente al crucifijo, mientras Eguiz, con la cabeza inclinada, permanecía silencioso, continuó en voz baja y un poco velada.

—He ahí al gran mártir... ¡Cuánto nos costó habernos separado de Él, y cuánto nos costará aún el volver a Él nuevamente! Hemos cerrado el corazón a su gran amor y hemos echado a andar por las ardientes arenas del inmenso desierto del deseo, sin volver la cabeza, tú detrás de una mujer, yo detrás de la verdad y todos detrás de la paz. Nuestras manos no tenían ya dedos para desear, sino serpientes que se enroscaban con estremecimientos dolorosos en las ansias terribles de la posesión material; nuestros cerebros no generaban ya pensamientos, sino llamaradas que nos abrasaban hasta el corazón mismo, y al final, cuando ya, fatigados, destrozados, perdemos la esperanza suprema de la posesión, queremos ir a la muerte como hacia una liberación, sin comprender que a pesar de nuestro deseo, ni aún a través de ciclos interminables, podremos estafar al destino como a un comerciante confiado y cándido. Que será inútil tratar de burlar las leyes ocultas que regulan nuestra vida, llevándonos aun a despecho nuestro, hacia la perfección definitiva! ¿Tú no lo crees así?

Y acercándose a su amigo, sus ojos le dirigieron una interrogación muda. Eguiz respondió en voz muy baja:

—Acaso tengas razón, Sandoval... ¡Pero, la quiero tanto!...

Un sonrisa de escepticismo asomó a los labios de Sandoval.

—No es verdad... Tú no la quieres; es a ti mismo a quien quieres. Si tú la amaras, Eguiz, ¿qué te importaría que ella no te amara a ti? El verdadero amor nada espera, nada quiere, se entrega ampliamente, sin esperar ni desear recompensa, feliz de prodigarse sin limitaciones; y tú esperabas demasiado a cambio de tu amor. Por eso te crees robado y apelas a tu eliminación, no pudiendo ver saldada la deuda que su cariño tiene con tu egoísmo.

—Es que ya no podré, ya no sabré vivir, Sandoval!—murmuró sombríamente Eguiz.

—Y bien.. Yo no deseo impedirte que huyas de la vida si esta te pesa. Por mi parte, yo no lo haría...

—¡Quién sabe! — replicó Eguiz.

—No, no lo haría, porque yo no creo en la muerte.

Eguiz no respondió, y apoyando sus brazos en el escritorio, hundió en ellos su cabeza silenciosamente. Sandoval continuó:

—¡Ah! Si todo se arreglara con la muerte, ¿quién se atrevería a soportar la vida?

Y apoyando una mano en el hombro de su amigo, que permanecía inmóvil, continuó:

—Tu purificación ha comenzado. Aprovecha, sin huir, la gran lección que el dolor pone por primera vez ante tus ojos: "Antes de que tus ojos puedan ver deben ser incapaces de llorar. Antes de que tu oído pueda oír, tiene que haber perdido la sensibilidad. Antes de que tu alma pueda erguirse en presencia de los Maestros, es necesario que tus pies se hayan lavado en la sangre del corazón!"

Y silenciosamente, con una expresión de compasión infinita y dulce en su rostro algo pálido, Sandoval salió lentamente de la habitación de Eguiz que continuaba con la cabeza hundida entre sus brazos, inmóvil, bajo la lluvia luminosa de la lamparilla eléctrica.

Sandoval y Eguiz hacía diez años que eran amigos. Eguiz tenía 28 y Sandoval 35. Se conocieron al poco tiempo de llegar el primero de Córdoba, su provincia natal, a Buenos Aires, enviado por sus padres para que practicara en la capital la profesión comercial. Por ese entonces conoció en un café modesto, al que solía concurrir, a Sandoval, que se ocupaba en colaborar en los periódicos a tanto la línea, realizando así una tarea abrumadora y casi anónima que apenas le daba para comer malamente.

Eguiz se sintió atraído instintivamente hacia aquel hombre de aspecto un poco triste que estaba siempre solo, mirando con sus grandes ojos un poco fatigados la colmena humana que afuera, en la calle, parecía hervir, agitada por la exacerbación de sus pasiones, que hacían correr a los hombres tropezándose y estrujándose sin cesar.

Pronto intimaron atraídos por sus mutuos deseos de compañía y poco a poco la amistad fué creciendo entre ellos. Sandoval era huérfano y su historia nada de particular ofrecía,

(Sigue en la otra página.)

como no fuera una sucesión de sufrimientos tenaces que él soportó siempre en silencio, estoicamente. Su voz era de una serenidad y una dulzura que atraían, transparentando una absoluta rectitud espiritual, ante la cual Eguiz sentía un profundo respeto que se manifestaba en la atención con que oía a Sandoval cuando este, con su voz suave y serena, hablaba como un enamorado de las grandes reivindicaciones espirituales del hombre.

—El hombre es absolutamente perfectible—decía—y cuando deje de dirigir sus ojos hacia la luz externa volviéndolos a la llama perenne que arde en su interior, ese día, Eguiz, la revolución, la suprema revolución sin duelo y sin sangre, vendrá!...

Eguiz lo escuchaba con una devoción casi religiosa, saturado de aquella gran bondad que Sandoval derramaba en él, como una lluvia fresca de paz.

Y el afecto entre ellos fué creciendo continuamente. Por otra parte Eguiz progresaba en su profesión, a la cual su deseo de saber había arrancado sus más recónditos secretos. A los tres años de ruda lucha consiguió instalarse con un pequeño escritorio de representaciones, comenzando a prosperar rápidamente.

Eguiz dejó entonces la pequeña habitación que ocupaba en una modesta pensión, alquilando un pequeño departamento en el centro, instando a Sandoval a que lo acompañara a habitarlo. Sandoval accedió, tomando una de las tres piezas de que constaba la casa y continuando entre los dos amigos la vida del afecto, Eguiz entre sus facturas y sus números, Sandoval entre sus libros.

Un día Eguiz comunicó a Sandoval que tenía novia. Se trataba de la hija de un cliente, hermosa muchacha un poco frívola y un mucho egoísta, a la que había conocido yendo a ver a su padre por asuntos de negocios.

Durante varios meses Eguiz fué otro. Sus energías parecían multiplicarse, haciendo que su oficina rindiera utilidades extraordinarias, gran parte de las cuales eran absorbidas por costosos regalos que Eguiz hacía a su amada con una loca prodigalidad de enamorado.

Esa exaltación duró apenas un año; después de ese tiempo volvía muchas veces de casa de su prometida, con el ceño fruncido, presa de una nerviosidad dolorosa que lo martirizaba. Sandoval lo observaba sin preguntarle nada; la experiencia se repetía una vez más, y entonces su cariño por Eguiz se hizo más profundo, como si con su afecto quisiera resarcir a su amigo de la íntima y secreta tortura que adivinaba en él; y una noche, que se había demorado hasta cerca del amanecer en la redacción del diario donde trabajaba, Sandoval se extrañó al ver luz en el cuarto de su amigo. Penetró en la habitación encontrando a Eguiz ensimismado y triste, como abstraído por una preocupación profunda que sus palabras trataban en vano de ocultar. Sandoval no trató de inquirir más. ¿Para qué? Él ya lo sabía. Y desde entonces comenzó a vigilar a Eguiz que se tornaba más sombrío cada día hasta el punto de descuidar su oficina. Lo vigilaba con un celo incansable y paternal, lleno de una ternura silenciosa, tratando de sondear hasta la última partícula del sufrimiento de su amigo, hasta que aquella noche al volver del diario, sus ojos percibieron desde la puerta entornada a Eguiz, con la cabeza hundida entre los hombros y el revólver en la mano.

Cuando Sandoval salió a la calle, un hálito de frescura acarició su frente, y echó a caminar en dirección al centro. A medida que avanzaba sus ideas iban aclarándose, disipándosele un poco asimismo la opresión que sentía en el pecho.

Caminaba lentamente, bajo la luz mortecina de los arcos voltaicos, que alargaban en la acera la sombra de su cuerpo algo enjuto. Pronto se encontró en el centro, donde la vida nocturna continuaba brillante y activa y siguió avanzando entre el maremagnum humano que bullía a su alrededor envolviéndolo de vez en cuando con oleadas de perfumes indefinibles.

Entró a un café y sentándose cerca de la ventana, dejó vagar su mirada, mientras sus labios sorbían el cálido brebaje, por entre aquel ir y venir de coches, autos, hombres y mujeres lujosamente ataviados. Después volvió a salir emprendiendo el regreso. Eran las tres y media. ¿Qué haría Eguiz? Súbitamente un malestar sordo lo invadió, poniendo en su corazón un estremecimiento de inquietud. ¿Por qué lo había dejado? Él debía haberse quedado, impidiendo aún a la fuerza si era preciso, la consecuencia de su propósito. Y en cambio lo había abandonado a su desesperación, esperándolo todo, como un insensato, de los resultados problemáticos de una reacción mental de Eguiz!

Aceleró la marcha. Ya no caminaba, corría casi, sin ver, sin oir, con una ansia terrible de llegar pronto que le gritaba al oído, como una obsesión: "¡Apresúrate!"...

Cuando llegó subió a saltos la escalera, dirigiéndose rápidamente y sin hacer ruido al despacho de Eguiz. Por entre las rendijas de la puerta entornada se filtraba un rayo suave de luz. Se detuvo un momento. Su cerebro parecía estremecerse con pulsaciones violentas. Empujó la puerta y miró. Eguiz continuaba en la posición en que le dejara, y Sandoval en silencio, con la garganta seca y las sienes martillándole siempre, se acercó y miró a su amigo. Respiró; había llegado a tiempo. Tomó el revólver y lo abrió; las balas cayeron sobre el escritorio con un ruido seco, y entonces Eguiz levantó la cabeza y miró a Sandoval. Sus ojos enrojecidos y húmedos, plenos de una serena resignación heroica, dirigieron una mirada de suprema resolución a Sandoval. Este en silencio se encaminó al balcón, abrió la celosía y salió. Amanecía. Dieron las cuatro en una torre cercana. A los oídos de Sandoval llegaron los primeros rumores confusos de la ciudad inmensa, despertando como un gigante enorme que se desperezara bajo la claridad tenue del amanecer tibio, en el que parecían flotar, envueltos aún en la somnolencia nocturna, los eternos y misteriosos estremecimientos de la vida.

Sandoval miró hacia el centro, donde las luces iban desapareciendo paulatinamente en la calle rumorosa, lo que pareció a Sandoval, como un surco largo y profundo de un infinito campo azulado, cargado de gérmenes, donde el futuro alguna vez recogiera multiplicadas las semillas de oro de la Serenidad, sembradas por el dolor humano, incesantemente, durante ciclos innumerables.

Sandoval volvió a entrar. Parado, frente al escritorio, Eguiz tenía en su mano un papel que ardía por sus extremos con una llamarada brillante. Sandoval se acercó a su amigo, y con la voz temblorosa por una emoción inexplicable y profunda, que conmovía hasta las raíces mismas de su espíritu, apoyó su brazo en el hombro de Eguiz murmurando suavemente: ¡Hermano mío! ¡Hermano mío! como un desquite supremo arrancado por su corazón a toda su vida solitaria y oscura.

Frente a ellos, en el escritorio, bajo la blanca lluvia de luz que caía sobre él, le pareció ver que, con la cabeza inclinada, el Cristo, mirándole, sonreía...

Horacio V. DUTRA.

Dib. de Martínez Jerez.

Los pájaros cuidan mucho de su aseo personal y del baño: cuando tienen agua la utilizan. Sacuden el líquido con las alas y se dan grandes remojones. Cuando no tienen agua se limpian el cuerpo con arena o tierra esponjándose y restregándose con ella. A las golondrinas, les gusta bañarse en agua de lluvia bien pura.

Tipos del tranvía

La señora preguntona.

Vamos leyendo plácidamente, ajenos a todo el mundo abigarrado del tranvía, cuando de pronto nuestra compañera de asiento, metiéndonos un papel arrugado y mugriento por las narices, nos pregunta:

—¿Tendría la bondad, joven, de decirme dónde queda este número?

Miramos el número y contestamos del mejor modo posible:

—Faltan muchas cuadras todavía para esa dirección. Ya le diré, señora, cuando estemos a esa altura.

—Muchas gracias, joven; muchas gracias.



—De nada, señora—respondemos con sencillez, y nos enfrascamos nuevamente en nuestra lectura, siempre más interesante que la de direcciones vulgares.

A los cinco minutos oímos la misma voz que nos dice:

—Disculpe, joven. ¿Falta mucho todavía?

Echamos un vistazo por la ventanilla y respondemos con disimulado mal humor:

—Sí, señora; todavía falta bastante...

—Muchas gracias, joven, y disculpe.

—De nada, señora—decimos maquinalmente.

Mas está visto que cuando la señora preguntona está a nuestra vera, tenemos que ser fatalmente su víctima. Al rato vuelve a incomodarnos:

—Disculpe, joven: ¿no es Donato Alvarez la calle que viene?

—No, señora; faltan lo menos diez cuadras todavía...

—Muchas gracias, joven, y disculpe.

—De nada, señora—decimos sin mirarla a la cara...

En ese instante ha quedado un asiento libre, como ofreciéndonos su libertad para nuestra interrumpida lectura, y nos levantamos en seguida para ubicarnos en él, no sin antes decir a la señora preguntona de que faltan tres cuadras para su destino. Cuando reanudamos nuestra lectura, todavía oímos que la implacable señora interroga al guarda que pasa:

—¿Falta mucho para Donato Alvarez, guarda?

Y estamos tentados de arrojar un botín a aquella cabeza de alcornoque.

El jovenzuelo que silba

El jovenzuelo que silba es el músico del tranvía. Con el codo apoyado en el alféizar de la ventanilla y la mano en la mandíbula, el mozo comienza a silbar el tango de moda, y así se está silba que te silba, infatigablemente, no explicándose uno cómo demonios tiene este jovenzuelo tanta resistencia para silbar toda laya de músicas populares.

Naturalmente que estos conciertos tranviarios no todos saben apreciarlos, y el señor grave, que va leyendo la sección bursátil de su diario, mira al músico de manera feroz, como queriendo helarle el silbido en la garganta... Empero, el jovenzuelo que va, como quien dice, sumido en su vocación de músico ignorado, no advierte los ojos siniestros del señor grave y continúa haciendo prodigios con su silbo excepcional.

Es claro que el jovenzuelo es, generalmente, un holgazán del pensamiento. Se echa de ver que para él no existe la voluptuosidad de pensar, de hundirse en las brumas de la meditación e ir divagando mientras el tranvía cruza por en medio de la ciudad loca de ruidos. Silba casi por instinto, sin darse cuenta de que va siendo la piedra de escándalo del democrático carruaje. El mozo se ha puesto a silbar como el psicólogo a observar, como el filósofo a pensar, como el enamorado a evocar, por indeliberado movimiento del espíritu. Es el músico popular, el hombre que, sin saberlo pone música a la canción ramplona, tonta y aburrida del tranvía.

La señorita que teje.

Me resulta en extremo simpática esta señorita que teje, en vez de ir leyendo un novelón absurdo o criticando para sí el sombrero anticuado de su vecina, o haciendo miraditas sin consecuencias al buen mozo del tranvía. Sí; me es sumamente simpática esta señorita que teje. La veo siempre muy enfrascada en su labor, trabajando con fervor de artista en su obra maestra. Se ve en seguida que se recrea trabajando, que gusta de tener sus manos en plausible actividad, y que está muy lejos de ser esa niña cursi que no sabe hacer otra cosa que mandar y estarse mano sobre mano...

Francamente, esta sana costumbre debería generalizarse. En cambio de perder lastimosamente el tiempo leyendo "La vendedora de hortalizas", por ejemplo, o "La sepultada viva", de más utilidad, sin duda, sería tejer unos escarpines para el hermanito o una bufanda para el papá o el novio.



Mas ¿quién hará comprender estas razones a nuestras señoritas semianalfabetas, sedientas a toda hora de literatura hueca, cursi, ramplona, literatura de cronistas sociales con pujos de novelistas? ¡Imposible! La educación deficiente que reciben nuestras jóvenes forma sus espíritus así, sin orientación ni solidez, y leen, cuando leen, esa literatura que se edita semanalmente, que es lo contrario de la verdadera.

Simpaticemos fraternalmente con la señorita que teje, porque ella y no otra tal vez, merecería ser nuestra compañera, la humilde y laboriosa compañera que tiene horror de la literatura tonta, y que no deja de tener su corazoncito bien puesto, ni deja de pensar cuerdamente cuando mira de frente a la vida.

(Sigue en la otra página.)

NO BESAN A SUS NIÑOS

Con el consiguiente sufrimiento por su parte, usted observará que a sus niños nadie los besa. Ellos presentan en el rostro, brazos y demás partes del cuerpo, granitos, barrillos y otras erupciones de la piel, síntomas inconfundibles de impureza en la sangre, producidas por desarreglos en el aparato digestivo. Evítelo empleando el eficaz remedio azufre termado, de insuperable bondad y muy agradable de tomar. El éxito de esta sencilla medicación es seguro, si se toma el legítimo azufre termado en venta en todas las farmacias.

Su vida está en peligro

El dolor de cabeza proviene de varias causas, muchas veces usted no ha podido digerir bien. El asunto no es grave todavía, pero puede serlo con el tiempo. Como órgano importante hay que cuidar mucho el estómago, pues un mal se cura fácilmente al principio, pero difícilmente, cuando se ha hecho crónico. Por este motivo conviene atacar el mal en la raíz tomando el agua purgante y laxante "Rubinat-Llorach" (una copita como laxante) y usted se sentirá mejor en seguida.



El "canillita" pedigüeño.

El lector debe conocerlo tan bien como yo. Es ese que trepa al tranvía y deja precipitadamente a cada viajero una minúscula hoja impresa de canciones populares, y luego, exhibiendo el retrato de un muchacho con cara de pícaro como él, nos espeta este discurso.



—Señores: los versos que acabo de dejarles no tienen precio. Es a voluntad de lo que ustedes quieran darme y a beneficio de un canillita enfermo, un pobrecito tuberculoso a quien queremos mandar a Córdoba para que se cure...

El viajero incauto cae en el garlito y da una moneda al buen muchacho, sin saber que este es uno de los tantos medios que existen en Buenos Aires para sacar la plata al prójimo.

Quien estos bocetos escribe, creyó en un principio en la filantropía del "canillita" pedigüeño; mas pasó un tiempo y tuvo oportunidad de verle en distintas líneas de tranvía solicitando siempre de la misma manera su óbolo para ayudar al pobrecito "canillita" tuberculoso...

Es una manera casi segura de vender las hojas con canciones, cuyos títulos son siempre tan sugestivos como estos: "El taita del arrabal", "A una milonguera", "El suicida", "Sobre la tumba de mi madre", etc.

El "canillita" pedigüeño posee un medio infalible de hacer leer al público que no se interesa por nada espiritual.

Recomiendo el sistema a los editores de mi tiempo.

El "motorman".

Como generalmente va solo, encerrado en su plataforma, el "motorman" no tiene que lidiar con los pasajeros como su colega el guarda; pero en cambio, el observador le ve altercar con el "chauffeur", con el carrero, con el cochero, con el ciclista, con el agente del tráfico, etc. El "motorman", pues, no está exento de quebraderos de cabeza, así vaya aislado del mundo del tranvía.

He sentido cierta congoja, en los días crueles del invierno, viendo al conductor del tranvía firme en su puesto, con la vista siempre clavada en el camino que se extiende ante él, sin dar muestras de sufrir el frío, ni de cansancio alguno. El pasajero que va arropado en su abrigo, con las narices metidas en su diario, no tiene una sola mirada compasiva para ese heroico servidor del público que está horas y horas de pie, amarrado a su deber, como si se tratara de un autómata y no de una criatura humana.



Francamente, de todos los tipos del tranvía el "motorman" es el más digno de respeto y simpatía. El guarda se distrae platicando con quien quiera hacer tertulia en su plataforma, o discutiendo vaciedades con los pasajeros, o colocando el "troley", o contando el dinero... El pobre "motorman" no. Es el hombre solitario y mira todo con cierto aire de hastío, de indiferencia universal: la mirada del hombre que sabe que todo pasa fatalmente en este pícaro mundo...

LÓPEZ DE MOLINA.

La amistad entre los antiguos

He aquí cómo se expresaba Cicerón acerca de la amistad.

"Me parece evidente que al crearnos la naturaleza nos ha unido por vínculos mutuos, y que esos vínculos son cada vez más estrechos a medida que estamos más próximos unos de otros. De este modo vemos que nuestros conciudadanos nos interesan más que los extranjeros, nuestra familia más que la de otro... En cuanto a la amistad, se puede muy bien juzgar de la fuerza de este sentimiento, puesto que, destinado por la naturaleza para extenderse entre el género humano, arrastra en pos de sí y concentra su energía en dos almas que une o por lo menos en un pequeño número."

Q. Enio cuenta en uno de sus anales la historia de Gémino Servilio, hombre de noble nacimiento; y nos enseña, con habilidad y muy buen tacto, el talento, la delicadeza, la modestia, la fidelidad, la reserva, la oportunidad, el conocimiento de las antigüedades y de las costumbres antiguas y modernas, el escrúpulo en guardar los secretos, las precauciones para superar las incomodidades de la vida, el arte de demostrar el dolor y sentimiento que son necesarios practicar en las relaciones de amistad contraídas con un hombre de más alta posición por su nacimiento y por su fortuna. Estos versos merecen ocupar la consideración tan asiduamente como las prescripciones de la filosofía en nuestros deberes. Además, estos versos están escritos con tal carácter de antigüedad, respiran una dulzura tan natural y tan elevada, que es preciso conservarlos, aprenderlos y ensalzarlos como las santas y antiguas leyes de la amistad. Apresurémonos a hacer una relación de ellos para satisfacer la impaciencia del lector.

"A estas palabras, llama cerca de sí a un hombre con el cual se había complacido frecuentemente en compartir su comida cuando estaba fatigado de los trabajos de todo el día, y en hablar juntos con confianza de los negocios del Estado, de las agitaciones del foro y de las deliberaciones del Senado; hombre delante del cual trataba sin reserva las graves cuestiones, medianas e indiferentes, mezclando la malicia y la bondad según la impresión que le dominaba, y no temiendo jamás la indiscreción; con el cual gozaba en extremo ya en conversaciones íntimas o en otras; hombre por cuya imaginación no pasaba ni un pensamiento criminal; ligero, pero no malo; instruído, fiel, amable, elocuente, satisfecho de su estado, feliz, sensible, que hablaba con mucha oportunidad, de buen humor, lacónico, que sabía muchas cosas de aquellas que el tiempo borra u olvida ya enteramente, conocedor de las costumbres del tiempo y de las antiguas, instruído en las leyes divinas y humanas, de los antepasados, hombre, en fin, que podía hablar mucho y callar también mucho. Tal era aquel a quien Servilio se dirigía en medio de los combates..."

LA TOS
MANERA DE QUITARLA

Sólo es necesario acudir a una sencilla medicación: tomar una taza de infusión de tomillo erytroso caliente 4 o más veces al día, para que desaparezca rápidamente la tos, cualquiera sea su origen o causa. El tomillo erytroso es una variedad de la conocida planta Tomillo pero; que no debe confundirse con ésta. La industria farmacéutica ha puesto en venta bajo el nombre de tomillo erytroso compuesto, un extracto sacado de la misma planta, que los niños y mayores toman con placer, solo, o mezclado en cualquier tisana; se obtiene con esto un excelente resultado en todas las afecciones bronco-pulmonares.



LA ALEGRÍA Y EL BUEN HUMOR

Son las características inconfundibles de una persona cuyo estómago funciona bien. Cuando este órgano se descompone, entonces la salud se resiente enormemente. Un remedio que evita por completo estas contingencias es el bicarbonato catálico, cuya acción es tan rápida como definitiva, pues basta ¼ o ½ cucharadita para dominar cualquier molestia dolorosa del estómago o intestino, evita la pérdida del apetito, el insomnio, la irritabilidad nerviosa, etc.; este producto lo venden todas las farmacias.

Cía. Gral. de Fósforos.—Tall. ex R. Radaelli, Paseo Colón, 1266, Bs. As.

Actualidades cinematográficas



Una de las interesantes escenas del film "Las cuatro edades", en la que intervienen destacadas figuras del arte mudo, como ser: Cullen Landis, Earle Williams, Wanda Hawley y Alice Calhoun.



La aplaudida y bonita actriz cinematográfica Mae Murray, que tiene una actuación sobresaliente en la película "El derecho de amar".



Un pasaje emocionante del film "El derecho de amar", en el que además de Mae Murray interviene con gran éxito Alma Tell.